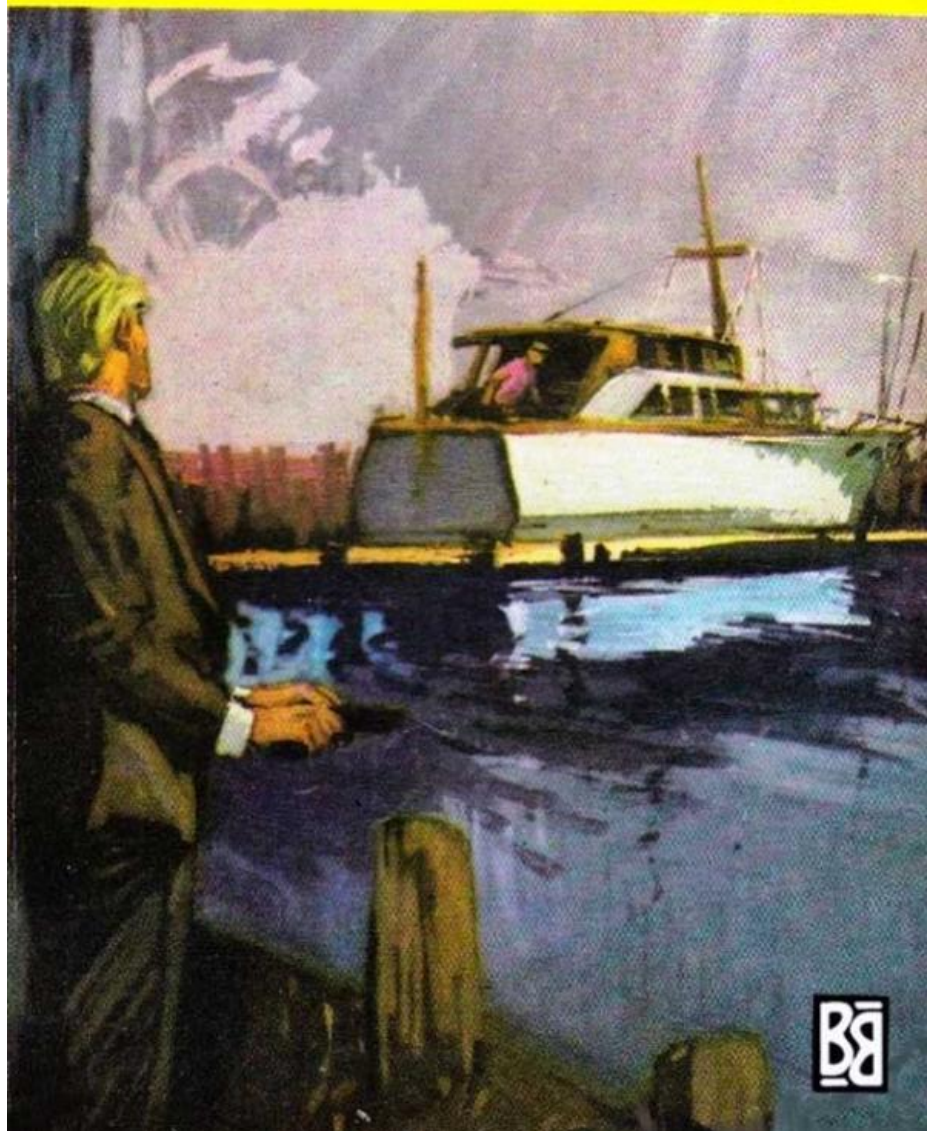


PUNTO  
ROJO

# con la muerte a cuestas

**burton hare**



COLECCION

# PUNTO ROJO



BURTON HARE

## CON LA MUERTE A CUESTAS

Colección PUNTO ROJO n.º 288

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

*Depósito Legal B 26.395 - 1967*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.ª edición: octubre, 1967*

© BURTON HARE - 1967

*sobre la parte literaria*

© DESILO - 1967

*sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

898. — El comité del crimen.

En Colección PUNTO ROJO:

284. — La noche negra.

En Colección ALTO SECRETO:

6. — El FBI al acecho.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

164. — Un crimen tras otro.

---

De nuevo, el maldito dolor me asaltó. Dejé de escuchar al hombre que me hablaba desde el otro lado de la mesa y toda mi atención se centró en controlar cuánto duraba esta vez. Era un dolor agudo y persistente, sordo, como si un cangrejo estuviera escarbándome el estómago.

—¿Qué le pasa, se siente mal?

Di un respingo en el sillón.

—¿Tanto se me nota? —exclamé.

—No, pero estaba concentrado en sí mismo, como si estuviera lejos de aquí.

—Es solo un leve malestar. No me gusta su asunto, señor Henderson.

—Tampoco me agrada a mí. Por eso he recurrido a usted.

Henderson era un magnate de la «Industria», como se denomina en Hollywood al negocio del cine. Y yo tenía cuenta corriente, un coche último modelo y una casa propia gracias a esos hombres.

—Muy bien —dije—. Supongamos que sus sospechas son ciertas, y que su esposa tiene un lío en alguna parte. Detesto testificar en los procesos de divorcio.

—Nadie ha hablado de divorcio. Hay algo que todavía no he mencionado...

¿Es que no iba a terminar nunca de hablar? La garra retorció mi estómago y el dolor no cesaba. Aplasté el cigarrillo con furia y traté de no pensar en la tortura que me desgarraba las entrañas.

El añadió:

—Han intentado matarme, McKena.

La cosa comenzaba a tomar forma. Incluso me pareció que el dolor se reducía cuando me eché hacia adelante.

—¿Cómo sucedió?

—Sabotearon los frenos de mí coche. No me maté por milagro. Sólo el coche quedó hecho un amasijo... porque pude saltar a tiempo. Mire.

Me mostró las piernas, subiéndose los pantalones. Las llevaba vendadas y había manchas de sangre seca en las vendas.

—También tengo contusiones en distintas partes del cuerpo —explicó—. ¿Comprende ahora...?

Asentí con un gesto. Le calculaba unos sesenta años, aunque aparentaba algunos menos. Perfectamente conservado, era sabido que dedicaba grandes sumas de dinero y esfuerzos a su cuidado, hasta que eso habíase convertido en una especie de obsesión. A fin de cuentas, esto es algo que los magnates de Hollywood hacen con mucha frecuencia, aunque solo sea para no desentonar demasiado al lado de las sirenas que los envuelven a

todas horas.

—¿Sospecha quién lo hizo?

—No...

—¿Su esposa?

—En absoluto. Ella puede ser una cabeza loca, pero jamás llegaría a eso...

—Entonces, piensa en el amante, si es que existe.

—Justamente.

Hice un gesto de fastidio. Él lo notó y añadió:

—Trabaje para mí y ganará el dinero a montones. No me importa pagar cuando es preciso, y nunca lo ha sido tanto como en esta ocasión. Además, usted sabe quién soy en Hollywood... y lo que puedo hacerle si me disgusta.

—Sí, ya sé; no volverían a encargarme ningún trabajo lucrativo, ninguno de los «grandes».

—Ahí está...

—Trabajaré para usted, por supuesto. Lo que quiero saber, sin tapujos, es lo que quiere usted exactamente, si descubrir al autor del atentado o al amante hipotético de su esposa.

—¿No cree que será el mismo hombre?

—Quizá sí, pero no es seguro.

Lo meditó un poco. Yo pensé en la maldita garra que me escarbaba los intestinos.

Finalmente dijo:

—Al amante, si existe...

El maldito malestar se prolongaba más que de costumbre. No cesaba. Si fuera...

—Usted embarcará en el yate como un invitado más. Saldremos mañana y le presentaré como un asesor técnico en mi próxima película de espionaje, y nadie exigirá más de usted. Claro que deberá alternar, ser amable y bailar y divertirse. Todo lo demás creo que será de su agrado... ya sabe cómo son las chicas de Hollywood.

Tal vez el aire de mar aliviaría el maldito dolor. Me alegré de esa perspectiva.

Se levantó. Estrechó mi mano, sacudiéndola con entusiasmo.

—Estoy acostumbrado a cerrar contratos en mi negocio. Para que no haya dificultades al final, las cosas deben dejarse resueltas al principio. Antes de partir, depositaré diez mil dólares a su nombre, como garantía para usted... si descubre al bastardo que trató de matarme.

—Todo lo que puede suceder es que no esté entre los invitados a su crucero.

—Estará. Todos ellos son mis relaciones más íntimas... y las de Wendy, mi esposa.

—Muy bien, lo tiene todo pensado.

—En efecto. Me han dicho que es usted un tipo cabal y duro, McKena. Precisamente lo que yo necesito. Nos entenderemos usted y yo...

Cuando hubo salido me sorprendió el hecho de que el dolor hubiera desaparecido también. Quizá la mención de los diez billetes grandes había actuado como sedante.

Levanté el auricular del teléfono y marqué el número de Larry Osburne. Hablé primero con su enfermera. Luego escuché su voz.

—Hola, matasanos —dije, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir—. ¿Qué noticias tienes para mí?

—Demonios, Bart, has llamado cinco veces en el día de hoy.

—Estoy impaciente, muchacho.

—Eso no es preciso que lo jures. Y lo mismo que las otras cinco veces, no tendré los resultados hasta dentro de una hora poco más o menos. Me los traerán del laboratorio.

—Está bien, Larry, lamento molestarte tanto, pero el enfermo soy yo y...

—Ni siquiera sabes si estás enfermo o no. Esos dolores pueden ser producidos por una docena de desarreglos intestinales distintos.

—Ni tú mismo crees lo que dices. Bien, estaré contigo de aquí a una hora.

Colgué. El estómago era mío, y quién sufría los sordos retortijones era yo, no él. Recordaba todavía la cara que puso Larry cuando me examinó, pareció muy preocupado, indeciso. Eso indicaba que la cosa no se presentaba bien.

Y el examen subsiguiente, con aquellos malditos aparatos, y aquella especie de gas dorado que cambiaba de color...

Al demonio; si tenía que ser no era necesario darle más vueltas.

Recordé cuando, años atrás, yo me vi obligado a abandonar los estudios. En aquella ocasión, Larry había comentado, riendo, que yo acabaría muy mal... Bueno, terminaría en sus manos si no andaba con tiento.

Traté de concentrarme en el problema que Henderson había echado sobre mis hombros. ¿Por qué el supuesto amante había atentado contra su vida? No había sido descubierto, nada le amenazaba... ¿Por qué arriesgarse hasta el punto de intentar un asesinato?

Pensé que quizá el amante no existía y todo fuera debido a un cúmulo de aprensiones de mi cliente.

Otra vez mis pensamientos volvieron al tema de mi estómago. Levantándome, me largué de la oficina. No quise sacar el coche del estacionamiento y me dirigí al consultorio bajo el sol mortecino del atardecer.

Quizá los dolores que me asaltaban con tanta frecuencia fueran debidos

al *whisky* y al tabaco. Últimamente había abusado de ambos... además, los nervios, y un par de casos que me habían producido mucho dinero, pero también infinidad de quebraderos de cabeza...

Encontré a Larry sentado detrás de su imponente mesa del consultorio. Llevaba puesta su corta bata blanca y en aspecto era de respetabilidad, éxito y ciencia a partes iguales.

—Siéntate —me señaló una silla y abrió un grueso sobre de papel manila.

—¿Y bien...?

Me miró francamente.

—No puedo decirte nada con seguridad, Bart.

Quedé helado.

—¿Qué es eso que no puedes...? ¡Infiernos, Larry! ¿Qué clase de médico eres tú? Estuviste torturándome toda una tarde, hiciste mil porquerías para saber qué diablos está arañándome el estómago, y ahora, casi una semana después de todo esto, me sales con que no puedes decirme nada...

—Cuando te canses de decir estupideces hablaré yo.

—Okey, adelante, si es que tienes algo que decir.

Sacó unos papeles impresionantes del sobre, llenos de anotaciones y de gráficos, un negro clisé de una radiografía y lo esparció todo por encima de la mesa.

—Los análisis no son positivos, Bart —empezó, mirándome—. Sin embargo, hay una prueba que delata un cuerpo alojado en tu estómago... igualmente, la radiografía también lo acusa.

Una corriente helada empezó a pasearse por mi espalda.

—Más claro, Larry —exigí.

—Será preciso operar para extirpar esa especie de tumor y...

—Espera un minuto... —salté, interrumpiéndole—. ¿Quieres decir que habrá que rajarme la barriga para ver qué llevo dentro?

—Justamente.

—Bueno, no te precipites, tómallo con calma, viejo. En primer lugar el estómago es mío y lo que hay dentro también, de manera que antes de dejarme abrir en canal quiero ciertas garantías. Habla claro y sin emplear palabras latinas para dorar la píldora. ¿Qué tengo en los intestinos?

—No es posible saberlo hasta que se hayan hecho otras pruebas o hasta que te hayan operado. Es necesario extirpar un poco de ese tejido y analizarlo. Entonces sabremos con certeza si se trata de un tumor maligno o no. Y estaremos en condiciones de atacarlo a fondo con los tratamientos adecuados en cada caso.

—Déjate de chistes. ¿Es... cáncer...?

Se sobresaltó, pero al ver que le escrutaba fijamente trató de sonreír.

—No lo sé, Bart.

—Es todo un consuelo.

—Si te parece que no hago lo indicado en este caso, puedes visitar a otros especialistas. Yo mismo te daré las direcciones de los mejores del país y te recomendaré a ellos...

—Al demonio con eso. ¿Para qué otros matasanos? Lo único que quiero es que me hables claro. No soy una dama asustadiza, Larry, y tú lo sabes. Me he jugado el pellejo distintas veces y he visto la muerte de cerca. Puedes hablarme con franqueza.

—Eres un tipo cabezota que... Bueno, para decirlo llanamente; hay las mismas probabilidades de que sea un cáncer de que sea otra cosa cualquiera. Un cincuenta por ciento en cada platillo de la balanza. Si lo prefieres podemos iniciar un tratamiento y seguramente nos dirá de qué se trata con exactitud, pero es largo y muy molesto para el paciente, y lo que haya que hacer debe ser hecho cuanto antes.

—Supongamos que sea eso, un cáncer, condenado sea; no hay por qué andarse con tapujos. ¿Qué probabilidades tengo?

—Verás, operando...

—Olvídate de la carnicería por el momento. ¿Cuánto tiempo, Larry?

Miró la radiografía, releó algunos datos en los papeles y sacudió la cabeza. Luego su voz sonó ronca cuando dijo:

—Es idiota intentar decirte algo así...

—Muy bien, pórtate como un idiota y dímelo.

—A juzgar por el tamaño de ese tumor, y siempre que sea cáncer, por supuesto, pongamos unos seis meses...

Sentí que el mundo se agrietaba bajo mis pies.

—¿El mínimo? —balbucí.

—El máximo, Bart.

¡El máximo!

¡Santo cielo!

—Okey, ¿y operando?

—Con un poco de suerte podrás curarte, muchacho —se animó ante la perspectiva—. Tendrás muchos años delante.

—¿Con seguridad?

—Bueno...

—¿Con seguridad, Larry?

—No...

—Ya veo.

—¡Maldita sea! —estalló—. Estamos hablando estupideces. No es posible llegar a una conclusión. Puede ser otra cosa... Un tumor cualquiera, un recoveco de los intestinos que se haya atrofiado. Incluso podría tratarse de una variante de úlcera. ¿Por qué demonios no te portas con sentido común y me dejas hacer a mí?

—Porque el estómago es mío, y porque no quiero que me rajen. Quiero

morir de una pieza.

—¿Quién habla de morir? Te daré una tarjeta para un especialista que...

—Olvídalo. Me fío de ti.

—Pero es que soy yo quien quiere comprobar mi diagnóstico. Tendremos una especie de consulta y luego decidiremos. No eres un paciente cualquiera para mí, Bart, sino el mejor amigo que he tenido jamás. Nos conocemos desde que nos liábamos a pedradas en el suburbio...

—No vayas a ponerte sentimental ahora, viejo. Supongamos que no fuera cáncer. ¿Qué sucedería?

—Interviniendo, nada en absoluto. Pero si no lo es, y lo dejas que vaya desarrollándose, tarde o temprano acabará contigo.

—Bueno, bueno... y si es cáncer, seis meses...

Sacó una tarjeta, escribió unas palabras en ella y me la tendió:

—Irás a ver a este doctor. Después que él te haya examinado decidiremos. Y si hay que operar te garantizo que se hará con las máximas garantías.

Guardé la tarjeta sin mirarla.

—Está bien, Larry, lo pensaré.

—Ahora no empieces a llenarte la cabeza de ideas raras. Todo lo que tienes que hacer, de momento, es beber y fumar lo menos posible. Eso es importante.

Me levanté.

—De acuerdo, Larry. Y gracias por todo.

—No tienes nada que agradecerme. Mañana sin falta irás al consultorio de ese médico. ¿Comprendido?

—Muy bien.

Me acompañó a la puerta.

—Recuerda que no eres ninguna dama asustadiza, Bart, tú mismo lo has dicho.

Salí, andando como un autómata.

¡Seis meses!

Un máximo de seis meses...

Claro que podía ser otra cosa. Larry lo había dicho y él no era ningún novato en estos asuntos, y si se trataba de un tumor inofensivo...

Como sí quisiera demostrarme lo contrario, el dolor hizo su aparición, más agudo que nunca.

Conque, inofensivo...

Saqué la tarjeta del especialista. No quise ni mirarla. La rompí en trozos diminutos y los arrojé a la calle. Seguí andando, cargado con mi dolor y mi angustia...

¡Al diablo los matasanos!

2

---

El yate se balanceaba suavemente. No era tan grande como un acorazado, pero le andaba a la zaga. Brillante, bien cuidado, semejaba un bruñido palacio flotante.

Me detuve al pie de la pasarela. Había enviado mi equipaje y supuse que ya estaría a bordo. Encendí un cigarrillo. Subí a cubierta. No había nadie a la vista. Anduve cansinamente hacia popa, donde había un gran toldo multicolor, preguntándome cómo haría para llamar.

Entonces me detuve a cierta distancia del toldo, porque descubrí bajo él un par de esculturales piernas desnudas que sobresalían de un extensible color rojo. Eran unas piernas doradas, en las que el sol había impreso ese color suave y mate, pero que en algunos músculos adquiriría un brillo turbador.

Arranqué bocanadas de humo del cigarrillo, mientras me preguntaba qué diablos me quedaba por hacer allí. No conocía a nadie, nadie me conocía a mí, excepción hecha de mi cliente, y de éste no había el menor rastro.

En aquel instante, una voz dijo a mis espaldas:

—Cuando se canse de admirar las piernas tal vez acepte usted un trago.

Giré en redondo. La dama que me interpelaba no tenía nada que envidiar a la otra en cuanto a presencia. Se cubría, para decirlo de alguna manera, con un dos piezas reducido a la mínima expresión. El conjunto de su cuerpo, no tenía desperdicio. Era tan magnífico como las piernas.

—Busco al propietario del yate, el señor Henderson.

—¡Je! ¿Y lo buscaba en las piernas de Lois?

Me encogí de hombros, aturdido. Ella rió. Miré las primeras piernas, pero ya no eran solo eso, sino que tenían un cuerpo sobre ellas, y un rostro. Tanto lo uno como lo otro eran maravillas de artesanía.

—Hola, forastero —exclamó Lois—. ¿De dónde lo has sacado, Mac?

—Es la primera vez que lo veo. Estaba absorto contemplando tus esculturales extremidades y se me ha ocurrido distraerlo un poco, al pobre...

Estaban divirtiéndose a mi costa. Bueno.

Lois rió.

—Me gusta —dijo—. ¿A ti no, Mac?

—Te lo diré cuando lo vea en bañador —rió la aludida—. Así,

camuflados, los hombres engañan.

Siguieron riéndose de mí durante unos minutos. Fumé en silencio, esperando que se cansasen. Al final, la exuberante Mac se colgó de mi brazo y me llevó hacia la otra.

—Tenemos *whisky* con hielo. ¿Vale?

—Vale.

—¿Cuál es su nombre? Tenemos que saber la manera de distinguimos unos de otros.

—Para eso basta con mirar —gruñí, tomando el vaso que Lois me tendía.

—¿Sí?

—Llámenme Bart.

—¿Es su verdadero nombre?

—Si no le gusta podemos cambiarlo. No soy susceptible.

—¿Sabe? Creo que nos llevaremos bien usted y yo.

Su obligación es mostrarse turbado ante mí, devorarme con los ojos. Esa es la costumbre establecida.

—No va a costarme ningún esfuerzo.

Bebí un sorbo. Lois dijo:

—¿Usted ha preguntado por el viejo?

—Por el señor Henderson.

—Es lo mismo. Todavía no ha llegado. Bueno, falta más gente todavía, ya lo verá.

Acabé con el *whisky*. Lois tomó el vaso y volvió a llenarlo. Quizá estuviera pasándome de rosca dadas las condiciones de mi estómago.

Mac sentóse en el suelo, sobre las brillantes maderas de teca.

—¿Va usted a tomar parte en el crucero, Bart?

—Esa es la idea.

—¡Espléndido! Nos conviene un poco de variedad.

Siempre somos los mismos y ya no hay emoción, ¿sabe? Nadie tiene nada que mostrar que no esté excesivamente visto.

Dejé resbalar mis ojos a lo largo de su opulenta anatomía antes de espetarle:

—No veo que hagan ustedes ningún esfuerzo para ocultar nada.

Me lanzó una mirada especulativa.

—Me pregunto si es usted un cínico o un fenómeno...

Lois soltó:

—Si quieres comprobarlo os dejaré solos.

Afortunadamente, en aquel momento una voz gritó desde la pasarela.

—¡Ah del barco! ¿No hay nadie a bordo?

Mac se levantó de un brinco. Lois hizo una mueca.

—¡Tony! —chilló Mac, corriendo al encuentro del recién llegado.

Tuve ocasión de ver a un impresionante ejemplar masculino. Alto,

delgado y flexible, pero musculoso. Su rostro era como el de uno de esos héroes de película que encandilan a las mujeres, aunque quizá más cuidado todavía.

Esa bella visión quedó obstruida cuando Mac se lanzó a sus brazos, colgándose al cuello del mozo, y ambos giraron con las piernas de la muchacha agitándose en el aire.

Lois refunfuñó:

—Acaba usted de presenciar la llegada del «sultán».

—Ya veo.

—No ha visto nada todavía, pero ya irá descubriendo cosas si permanece con nosotros hasta el final.

La pareja vino a reunirse con nosotros. Las presentaciones se hicieron sin formalidades y pronto estuvimos bebiendo juntos como si nos conociéramos de toda la vida.

De repente, Tony preguntó:

—¿No ha llegado Frankie todavía?

—¡Oh, claro que está aquí! Se ha encerrado en su camarote para meditar sobre una genial idea, pero la verdad es que lo ha hecho para beber en paz.

—Como de costumbre —rió Tony—. Lo sorprendente, es que cuanto más borracho está, mejor escribe. Sus guiones para televisión son elaborados bordeando el «delirium tremens» —terminó, riendo.

Lois me aclaró:

—Para su información, neófito, le diré que están hablando de Frankie Wagner, el guionista.

—He visto obras suyas —mentí—. Muy bueno, ¿no?

—Por lo menos, se ha creado la aureola de genial. Y de borracho, por supuesto.

Tony se volvió hacia mí. Sus ojos fríos me examinaron descaradamente y de repente soltó:

—Estoy preguntándome quién es usted, Bart...

—Lo mismo me sucede a mí con usted.

El figurín hizo una mueca. Después sonrió. Tenía una dentadura de anuncio dental.

—Yo soy el hombre insustituible, amigo. Sin mí, las fiestas se convierten pronto en un funeral.

—Bueno, entonces yo debo ser el organizador de los funerales.

Eso le desconcertó y su actitud hacia mí cambió imperceptiblemente. Pero pronto estuvo bromeando nuevamente con las muchachas y yo me aparté para fumar un cigarrillo apoyado en la borda.

Cinco minutos después llegó el señor Henderson. Le acompañaba una mujer que, incluso yendo vestida, era tanto o más tentadora que los dos espléndidos ejemplares que llevaba conocidos desde mi llegada. Tendría

unos veintiocho años, y todo en ella pregonaba las excelencias de los cuidados a que debía someterse para enloquecer a los papanatas como el viejo Henderson.

Me quedé sin aliento cuando éste me la presentó como su esposa. Al verla, uno comprendía que el hombre estuviera preocupado.

—¿Quiénes faltan todavía...? —preguntó Henderson tras las presentaciones.

—Aparte de nosotros, Frankie está «inspirándose» en su camarote.

—Entonces, falta David Bellamy... No tardará en llegar. Voy a prepararlo todo para zarpar.

Desapareció por una escalera. Su mujer me miró escrutadoramente.

—Julius me ha hablado de usted, Bart... Dice que tiene gran experiencia en espionaje, que en otros tiempos perteneció al servicio secreto del Ejército y que va a asesorar su nueva película...

—Creo que ha hablado demasiado.

—En absoluto. Debemos conocernos todos, ¿no cree? Me gustará mucho que me relate sus aventuras durante este crucero. Se lo digo con toda sinceridad.

—Lo haré con gusto, señora Henderson.

—¡Oh, no! Llámeme Wendy, como todo el mundo.

Se alejó con andares de reina, dejando tras de sí una estela de perfume tan espesa como la niebla.

Lois refunfuñó:

—Chanel número 5. A chorros.

La miré. Sus ojos despedían llamas.

También Tony se había quedado rígido, la mirada perdida por dónde la belleza había desaparecido. Desde luego, si alguien poseía el tipo ideal para cargar con el mochuelo de amante era él. Habría de tenerlo muy en cuenta.

Cuando llegó, minutos después, pude darme cuenta que David Bellamy era una versión de Tony, pero más masculino, si es que puedo expresarlo así. Tan atractivo como él, su rostro denota una inteligencia de la cual Tony carecía.

Al mirar a mi alrededor, algo después, noté la ausencia de Mac. Sin embargo, surgió de una escotilla minutos después, arrastrando tras de sí a un individuo delgado como una sombra, de larga melena y cara de agudas facciones. Profundos círculos oscuros rodeaban sus ojos, cuyo mortecino brillo pregonaba la verdad respecto a su afición a la botella.

—¡Al fin he podido arrancarlo de su infierno de inspiración!

—exclamó la muchacha—. No quería soltar su condenada botella ni amenazándolo con una pistola.

—¡Que alguien le dé un *whisky* doble! —aulló Tony, riendo.

El beodo me miró. Se mantenía sorprendentemente tieso a pesar de

todo.

—No le conozco —dijo—. Apuesto a que no pertenece al mundo del arte.

—Acierta. Mi nombre es Bart. Bart McKena.

—Usted no es de los nuestros —insistió.

Alguien le dio un vaso lleno hasta los bordes. Vació la mitad de un solo trago.

—¿A qué se refiere? —indagué, divertido.

—Conozco a la gente... Tú no eres un hijo de perra inútil, ni un inepto. No necesitas tender la mano como un pordiosero para vivir...

—¿De qué infiernos estás hablando? —exclamé.

Soltó una risotada brutal, que resonó estruendosa dentro del silencio que habían provocado sus palabras.

—No eres de los nuestros —barbotó, terco—. No perteneces a una pandilla de tipejos con la conciencia castrada... Unos inútiles capaces de venderse por dinero... como yo. Observa que me pongo en primera fila, para que no haya envidias.

Hipó y se dejó caer sentado sobre las tablas de la cubierta. Otro trago y dejó el vaso vacío. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en estallar con aquellas cantidades de alcohol en el cuerpo.

Miré a los demás. Todos luchaban por estampar en sus rostros muecas de lástima o irónica conmiseración, pero se adivinaba lo mal que les habían sentado las palabras del borracho. No me cupo la menor duda de que le odiaban cordialmente.

De pronto, el beodo arrojó el vaso por la borda, se tumbó sobre la espalda y farfulló:

—Pandilla de parásitos...

Y cerró los ojos.

Tony comentó:

—Qué repugnante.

David, encogiéndose de hombros, dijo:

—Cualquier día lo arrojaré por la borda, cuando estemos en un mar poblado de tiburones.

Se echó a reír, pero su risa sonó tan falsa como el rebote de un dólar de plomo.

Mac intervino para romper la tensión.

—A mí me divierte. Y a Wendy también, como sabemos.

Lois la miró con ojos inexpresivos, pero no despegó los labios.

Me acodé en la borda, mirando el movimiento del puerto. Justo en aquel instante, el dolor de mí estómago se desató brutalmente. Conseguí contenerme para que no advirtieran la mueca de dolor y me mantuve inmóvil, soportando el tormento estoicamente.

Fue gracias a estar acodado en la borda que pude contemplar la

maniobra del buque al desatracar. Los motores infundían una suave vibración a la estructura, y sobre cubierta habían aparecido tres hombres que se dedicaban al trabajo con rostros inexpresivos. Todos vestían pantalón blanco y urna camisa azul.

El dolor me mantenía apretado contra la borda. Abajo, en el muelle, algunos curiosos se habían congregado para ver partir el yate. Lentamente, la distancia entre el amarradero y el navío se fue ensanchando y el agua se cubrió de espuma a causa del movimiento de la hélice.

En aquel momento, cuando estaba reflexionando amargamente en la garra que estrujaba mi estómago, un coche apareció, lanzado a toda velocidad, y se detuvo con un chillido de sus neumáticos junto a la verja metálica que cerraba la entrada al embarcadero. Vi cómo dos hombres saltaban del vehículo y corrían hacia el grupo, pero se detuvieron en seco al ver que el yate estaba en movimiento.

Me enderecé un poco, interesado por los movimientos de los corpulentos individuos. Discutían entre ellos, con ademanes violentos, y de vez en cuando señalaban hacia nosotros. Me pareció que estaban furiosos por alguna razón. Me pregunté quiénes serían, porque por descontado no eran invitados al crucero.

Entonces, la tempestad de dolor amainó, cesando de una vez, y pude enderezarme sintiendo el palpar de mis sienes. Fue al volver la cabeza que descubrí a David Bellamy detrás de mí, pálido como un sudario y con la mirada clavada en los dos hombres que seguían discutiendo en tierra...

3



Después de la cena cada uno se fue a su camarote, ellas para retocar su maquillaje; ellos, tal vez, para cambiarse de ropas con el fin de sentirse más cómodos en la velada. Aproveché la ocasión para salir a cubierta y buscar un lugar tranquilo en el que fumar en paz sin tener que aguzar el ingenio para estar a la altura de los sibilinos comentarios.

Empezaba a estar harto de aquella colección de locos y maníacos sensuales, obsesionados en demostrarse unos a otros cuán inteligentes eran en sus ocurrencias, sus indirectas y mordaces comentarios.

Mientras consumía mi cigarrillo comencé a preguntarme cuánto tardaría en aparecer el maldito dolor que torturaba mi barriga.

No me percaté de la presencia de mi cliente hasta que estuvo a mí lado. Tras los comentarios habituales en un encuentro semejante me espetó:

—¿Se ha formado una idea de mis invitados, McKena?

—En todo caso, tiene que ser una muy ligera a causa del poco tiempo que llevo entre ellos.

—Parecen todos buenos chicos, ¿eh? Claro que se esfuerzan en parecer lo contrario... ¿Cuál de ellos cree qué es?

—Es pronto para tener siquiera una sospecha.

—Estoy seguro que uno de esos tres bastardos es el que trató de matarme, quizá instigado por mi mujer.

Su voz no sonaba excitada. Era como si estuviera hablando del tiempo.

—Creo que podemos descartar a Frankie Wagner —mascullé—. Es demasiado borracho para que encaje en el retrato que me he formado del tipo capaz de hacerle el amor a su esposa.

—No se fíe de él. Es inteligente como un diablo, a pesar de tener el cerebro nadando en alcohol.

—Lo recordaré. ¿Quién y qué es David Bellamy?

—Un tipo con la cabeza a pájaros, aparentemente. Tiene una pequeña agencia de publicidad y un cabaret, aunque lo regente un hombre de paja.

—Ya veo.

—¿Sospecha de él?

—No más que de los demás.

—Bien, mantenga los ojos muy abiertos, McKena.

—¿Teme que atenten contra su vida aquí, a bordo del yate?

—Sí, y le confieso que eso me amarga el viaje.

—Lógico.

—Buenas noches, McKena.

Me dejó solo. ¡Qué gente!

Arrojé el cigarrillo y encendí otro. La siguiente persona que se me acercó fue Lois, quien vino a acodarse a mi lado.

Me pidió un cigarrillo, y cuando lo hubo encendido comentó:

—Tengo la impresión de que no te gustamos. ¿Estoy en lo cierto?

—Poco más o menos.

—Ya me lo imaginaba.

—Hay muchas cosas que no comprendo. Ni creo que las entienda jamás.

—¿Por qué preocuparte? Las cosas son como son y hay que tomarlas tal cual nos las ofrecen. Todo lo demás es perder el tiempo.

—¿Qué haces tú, cuando no estás tomando parte en cruceros de placer?

—Soy la primera secretaria del señor Henderson. Su mano derecha en el negocio.

La miré, un tanto sorprendido. En la oscuridad, su hermosa cara cobraba rasgos exóticos, como si reflejara las chispas que la luna arrancaba del mar.

—¿Qué hay en mi cara, Bart? —susurró.

—Unos grandes ojos, una linda boca...

—¿Te interesas por esos detalles?

—De vez en cuando...

Algo comenzaba a moverse en mi estómago, aunque sin dolor por el momento. No tardaría en empezar éste.

—Tú conoces bien a los demás —dije precavidamente—. Háblame de ellos. He de saber cómo comportarme para no parecer un aguafiestas.

—Eso va a resultarte muy fácil. A Mac deberás hacerle el amor apasionante. No me cabe duda que te concederá sus favores sin gran esfuerzo por tu parte. En cuanto a Wendy... bien, te admitirá algunos galanteos, unos avances atrevidos, ¿comprendes? Siempre, por supuesto, que sean discretos. Ella no es como Mac.

—¿Y en cuanto a ti?

—Habrás de averiguarlo por ti mismo.

—Lo haré. Y ahora, háblame del otro sexo.

—Bueno, eso resulta más fácil. Frankie ya sabes quién es y lo que puede esperarse de él. Un escritorzuelo vulgar con ramalazos de genio... cuando se sumerge en alcohol. Es la debilidad de Mac, cuando ambos no saben por dónde navegan.

—Quieres decir cuando han bebido demasiado.

—Justamente.

—Pasemos a Tony Lukens.

—Un «gigolo» de la peor especie. Simpático y mundano, pero le saca el dinero a todo aquel que se deja embaucar, especialmente a las mujeres.

—Es lo que había imaginado. ¿Despluma también a Mac?

—Por supuesto, pero a cambio es su perrito de aguas. Y ahora, si puede saberse, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Sólo trato de saber el terreno que piso.

—Muy resbaladizo.

Dejé de preguntar para no despertar suspicacias. Mi barriga comenzaba a acusar los primeros embates del dolor, de modo que mi humor se hundió vertiginosamente. No obstante, debía mantener el tipo ante ella.

Así que dije:

—Realmente, Lois, solo deseaba hacerte hablar. Me gusta oír tu voz, y si al mismo tiempo logro enterarme de cómo he de comportarme con cada uno de los del grupo el beneficio es doble. Pero resulta encantador estar junto a ti, aquí...

—¿Vas a ponerte sentimental ahora?

—No me costaría nada.

—No creo en el flechazo.

—Pero supongo que crees en lo que te dice el espejo.

—Bien...

—¿Sí o no?

—Efectivamente.

—Entonces ya puedes imaginar por qué me pongo sentimental a tu lado.

—¿No crees que vas demasiado aprisa? Hace solo unas horas que has subido a bordo.

—Me considero un marino veterano.

Callé. El dolor era sordo y persistente. Me incliné un poco y ella creyó que trataba de acercarme a su rostro y sonrió.

—No quieres perder tiempo —dijo.

Así que tuve que hacerlo. Encontré sus labios en el camino de los míos, y el beso no resultó precisamente un pretexto para seguir ganándome su confianza, sino que estalló entre los dos como una granada, cálido y profundo.

El ardiente beso hubiera podido durar toda la noche, pero la garra maldita entró en acción de repente y me desgarró las entrañas igual que una puñalada. Me aparté de ella, doblándome como una navaja y apretándome el estómago con ambas manos. Sólo al hecho de poder apoyarme en la borda evitó el que me desplomara de rodillas.

Ella se asustó.

—¿Qué te pasa, Bart? Estás sudando...

Puso su mano sobre mi frente y exclamó:

—Y estás helado...

—Tranquilízate, pasará pronto...

Esperó. El dolor lacerante fue cediendo en violencia y unos minutos después pude enderezarme. Ella puso sus manos en mis hombros.

—¿Ya pasó?

—No te preocupes...

Sus labios estaban otra vez cerca de los míos, pero yo seguía jadeando y ni siquiera se me ocurrió besarlos. Ella indagó:

—¿Estás enfermo, Bart?

—No. Solamente que mi estómago no funciona bien.

—¿No sabes lo qué es?

Vacilé. Seis meses como máximo...

Eso era algo que no podía ir pregonando a mi alrededor.

—No.

—Deberías tener cuidado. Hay veces que los médicos están para algo más que para pasar sus cuentas.

—Eres un encanto...

—Voy a decirte una cosa, moribundo —lo dijo alegremente, pero ese calificativo me produjo estremecimientos—. Cuando el viejo me habló de este crucero estuve a punto de mandarlo a paseo, aunque me costara el empleo. Pensé que iba a ser tan estúpido como los otros, pero tú has venido a darle algo de interés.

—Vaya...

—Es cierto, Bart. Una acaba harta de esos figurines mundanos. Se cuidan como estrellas de la pantalla, creyéndose de raza superior.

—Tal vez están reservándose para la vejez, digo yo.

—Guardan cuanto pueden, pero no para la vejez precisamente.

—Olvidémonos de ellos. Ya estoy bien otra vez.

—¿Y qué?

—Podemos continuar lo que el dolor ha interrumpido...

Busqué sus labios con los míos y no hubo dificultad en encontrarlos.

Entonces, sobre el silencio del mar y el latir de los motores, se elevó el seco estampido de un disparo.

Me aparté de ella de un salto, tratando de orientarme respecto a la dirección de dónde había procedido el disparo.

Lois exclamó:

—¡En los camarotes de proa, Bart...!

Eché a correr, seguido de la muchacha. Salté los peldaños de una escalerilla y no me rompí el cuello de milagro. Dos o tres cabezas asomaban por otras tantas puertas. Pasé entre ellos como un rayo.

La puerta que cerraba el pasillo correspondía al camarote principal, ocupado por Henderson. Se abrió cuando casi llegaba a ella y necesité un gran esfuerzo para detenerme a tiempo.

Mi cliente apareció, sonriente y empuñando un arma.

—Lo siento —dijo, jovial—. Estaba limpiando el revólver y se me ha disparado... Una estupidez, fruto de mi poca práctica con estos chismes.

Miré a lo largo del pasillo. David Bellamy había abandonado su

camarote y contemplaba la escena asombrado. La puerta del otro lado del pasillo correspondía al camarote de Tony Lukens, y también éste parecía estupefacto a la vista del revólver que blandía el propietario del yate.

Sin embargo, ni Mac ni Frankie Wagner asomaron la nariz por ninguna parte.

Entonces surgió Wendy por detrás de su marido. Sonreía cual si el incidente fuera una broma divertida.

—Está bien, señor Henderson —mascullé—; será mejor que meta el revólver en una maleta y se olvide de él. Las armas tienen malas bromas.

—Dígamelo a mí... No volveré a tocarlo.

Hubo una serie de comentarios al respecto y después cada uno se fue por su lado. Dos de los tripulantes que habían acudido también, subieron la escalerilla delante de Lois, y yo seguía a ésta hasta la cubierta solitaria. Anduvimos hasta la toldilla de popa y allí nos dejamos caer en sendas extensibles. Encendí un cigarrillo. Lois murmuró:

—¿Qué te ha parecido?

—¿Qué?

—El disparo. El viejo es un experto en armas cortas. Le he visto disparar docenas de veces. Las monta y desmonta como un armero.

—Sí que resulta sorprendente...

—Bart, hay algo que no me gusta en este viaje. Ese disparo... El viejo sabe que su mujer tiene un amigo, y, sin embargo, hemos zarpado como siempre... en plan de fiesta...

Agucé el oído, interesado.

—¿Sabe también quién es él? —pregunté.

—Claro; David Bellamy.

Casi me caí de espaldas. Así de sencillo...

—¿Cómo lo averiguó?

—Contrató una agencia de detectives. Le proporcionaron un informe completo, incluso con fotografías tomadas con infrarrojos.

Eso escapaba a mi control, no tenía pies ni cabeza. Si sabía todo lo que le interesaba, ¿por qué Henderson me había contratado?

Traté de pensar en sus posibles motivos y el tiempo se deslizó sin darme cuenta. Tampoco llegué a ninguna conclusión satisfactoria, pero me prometí mantener los ojos muy abiertos y hacerle algunas preguntas más a mi desconcertante cliente.

—Es tarde, Bart...

Su voz me devolvió a la realidad. Ella se había incorporado y estaba inclinada hacia mí. Levanté la cabeza y rocé sus labios con los míos.

—¿Sabes cuál es mi camarote? —susurró.

—Sí...

Se levantó. En la oscuridad, su silueta se recortó contra el azul del cielo en un atractivo escorzo.

—Entonces, hasta luego —dijo.

Y se fue.

Encendí otro cigarrillo y seguí contemplando el brillo de las estrellas, sumido en un caos de malos presagios.

---

Cuando acababa de tomar la determinación de retirarme, haciendo caso a la última frase de Lois, un taconeo seco de unas chinelas me clavó en la hamaca con la esperanza de que, quien fuese que llegaba, no me descubriera.

Pero mis esperanzas se esfumaron cuando Wendy Henderson llegó a mi lado y se derrumbó sobre la que Lois había abandonado.

—Necesitaba tomar un poco el aire —dijo con su voz sensual.

—¿Le ha pasado el susto?

—¿Por el disparo? Bah, un estampido, eso es todo.

—¿Adónde ha pegado la bala?

—No lo sé. Ni se me ha ocurrido mirarlo.

—Debe estar incrustada en alguna parte.

—Naturalmente... ¿Qué le parece la pandilla?

—Es pronto para opinar.

—Sí, claro, por supuesto... ¿Le gusta Mac?

—Bien, es una mujer exuberante. Demasiado tal vez.

—¿Y Lois?

—Mucho más sugestiva.

—Ahora debería preguntarle respecto a su opinión sobre mí, pero no quiero ponerlo en aprietos. Creo que voy a retirarme... Buenas noches, Bart.

—Hasta mañana...

Bueno, se fue y entonces me levanté. Lois quizá estuviera esperándome.

Pero de nuevo me cazaron, y esta vez no fue ninguna mujer.

Frankie Wagner se acercó, bamboleándose sobre unas piernas poco seguras.

—Le andaba buscando, McKena —farfulló.

Cayó materialmente en la tumbona. Suspiré resignadamente.

—Me disponía a retirarme —dije tan solo.

—Espera un poco, quiero hablarte, ¿sabes? Siéntate.

Lo hice y encendí otro maldito pitillo. Y Larry me había dicho que fumara menos... Estaba listo.

—Hace un rato que estoy sobre cubierta —dijo como principio.

—Tomando el aire, supongo.

—Sí, y contemplando el espectáculo desde primera fila.

—¿Nadie te ha aplastado las narices alguna vez, Frankie?

—No se ponga bruto, usted me resulta simpático, Bart...

Tan pronto me tuteaba como no. Estaba como una cuba.

—Sigue y terminemos pronto —le acució.

—Tú no eres como nosotros...

—Eso ya lo has dicho esta tarde. Te repites demasiado.

—Y no me cansaré de repetirlo. ¿Crees que estoy borracho?

—Asquerosamente borracho.

—Bueno, ¿a quién le importa?

—A mí no —dije, cansado.

—Eres un gran tipo, McKena, te lo digo yo... No te metas en líos.

—¿Qué líos, Frankie?

—Ya sabes... Mac, Wendy...

—¿Tienes la exclusiva?

Soltó una risita y masculló algo respecto a un trago que había que buscar pronto. Después añadió:

—Sé muy bien lo que me digo...

—Pues apresúrate porque vas a caer al suelo en cualquier momento.

—Incluso así, sé lo que digo. Mac es una zorra insaciable que solo te traerá disgustos.

—¿Y Wendy?

—No se acerque a ella... Y oiga, ¿qué está haciendo a bordo?

—Lo mismo que los demás; tratar de pasarlo bien cuando me haya ambientado.

—Estoy borracho, compañero; pero incluso así puedo comprender que tú llevas algo entre ceja y ceja. Me gustaría saber lo que es...

Me levanté. Sentí tentaciones de arrojarlo por la borda.

—Ves fantasmas a tu alrededor, Frankie. Créeme; dedica tus esfuerzos a tu próximo guion y olvídate de los demás.

—No son fantasmas... Oye, ¿vas a dejarme solo?

—Seguro. Quiero acostarme.

—Bueno, eso debería hacer yo... Cuídate, Bart... y no te metas en líos.

Lo dejé allí, farfullando frases sin sentido. Pero algo de lo que había dicho seguía zumbando en mi cabeza como un moscardón.

Al diablo con el beodo.

\* \* \*

Al levantarme a la mañana siguiente fui el primero en aparecer sobre cubierta, exceptuando a los tripulantes entregados a sus faenas de limpieza matutina. No obstante, apenas me había instalado en la desierta toldilla de popa cuando Henderson vino a mi encuentro, después de hablar brevemente con los tripulantes.

—¿Se divierte, McKena? —indagó, sentándose.

—No puedo quejarme.

—Magnífico. ¿Qué tal sus impresiones sobre esos tipos...?

Le miré descaradamente, preguntándome si debía soltarle sin rodeos el doble juego que él se traía entre manos, pero decidí que quedaba tiempo sobrado para hacerlo.

—Tal vez esta noche pueda decirle algo definitivo —dije, evasivo.

Estuvimos unos minutos más comentando aspectos de la vida a bordo. Finalmente le pregunté:

—¿Adónde nos dirigimos, señor Henderson?

—A las costas de Méjico. Creo que se divertirá, McKena. Hay lugares de ensueño, ya verá... Bueno, aquí llega Frankie. Voy a dejarle con él.

—Pues sí que me hace un favor...

El escritor apareció con enormes círculos amoratados en torno a los ojos. Tenía aspecto de cadáver resucitado. Se dejó caer a mi lado, en la extensible, y gimió.

—Estoy al borde de la tumba, McKena —barbotó—. Una noche sin poder dormir... Me siento como una basura esta mañana.

—Eso debe ser un estado natural en ti.

—Olvídalo. No me siento brillante a estas horas, de modo que estoy en desventaja. ¿Dónde está el *whisky*?

—No lo sé. Además, es demasiado temprano para mí...

Se acercó al mueble-bar adosado a un mamparo de la cabina. Cuando volvió a la tumbona saboreaba el licor puro.

Cuando se hubo tendido otra vez comentó:

—Eres un tipo fuerte, Bart... Apuesto que podrías tumbar a cualquiera de esos dos maniqués de abajo sin despeinarte siquiera...

—No tengo ningún interés en hacer la prueba.

—Está bien, solo quería charlar un poco para pasar el rato.

—Pásalo discutiendo con tu vaso y déjame en paz.

Me hizo caso y no volvió a despegar los labios hasta que aparecieron los demás, equipados con bañador. Me pregunté dónde demonios pensaban chapuzarse, ya que el yate llevaba una marcha muy rápida, y no había piscina a bordo.

Mac traía puesto el escuálido dos piezas del día anterior, y la exuberancia de sus contornos amenazaba con desbordar la débil tela.

Lois me sonrió por encima de su bikini blanco. En su sonrisa se encerraba un mundo de interrogantes, seguramente inspirados por la noche pasada. Le devolví la sonrisa y eso pareció satisfacerla por el momento.

También Tony y David se habían vestido para un baño y mostraban sus musculaturas, excesivamente elaboradas. No eran fruto de un ejercicio fuerte y un entrenamiento duro, sino de «laboratorio».

Pero la que batió el récord, al parecer, sobre cubierta fue Wendy

Henderson. Se había incrustado sobre la piel un dos piezas, pero de ínfimas proporciones y adornado con tal profusión de encajes, que uno se preguntaba por qué, si no le importaba mostrar cuanto tenía, no lo hacía abiertamente y sin tapujos.

—¡Hola, familia! —exclamó al vernos.

Hubo algunas respuestas. Observé que Bellamy la miraba con los ojos semicerrados, totalmente pendiente de ella.

Por su parte, Tony estaba sin aliento. El gigolo daba la sensación de tener dificultades con su circulación sanguínea, contemplándola absorto.

El único que elevó su voz fue Frankie.

—Ese modelito es sensacional, Wendy. No te lo conocía.

—Hay muchas otras cosas que tú ignoras, querido.

—No creas, me gustaría conocerlas alguna vez.

Ella le ignoró y buscó un lugar al sol donde tenderse. El lugar que eligió estaba muy cerca de donde yo me encontraba.

—¿Qué tal, Bart? —murmuró al extender las piernas ante mis narices.

—De maravilla.

—¿Cuándo me contarás esas historias emocionantes? Me entusiasman las aventuras.

Frankie volvió a meter baza:

—Quizá desea contártelas a solas, Wendy...

—No me disgustaría —replicó, mordaz—. No puedo decir lo mismo respecto a ti. Apesta a vómito, querido.

El escritor la miró como un perro apaleado.

—Lo siento —tartajeó.

Se alejó, pálido y refunfuñando. Lo perdí de vista cuando se hundió por una escotilla.

Mac comentó:

—No hay ninguna necesidad de tratarlo así, Wendy.

—No puedo remediarlo. Cuando lo veo convertido en una piltrafa, es algo más fuerte que mi voluntad, aunque después me arrepiento, por supuesto. Es un buen chico...

Bellamy preguntó:

—¿No habrá baño esta mañana, Wendy?

—¡Claro que sí! Julius detendrá el yate y bajaremos una motora. Nos zambulliremos desde ella.

Hubo una explosión de entusiasmo general y luego la conversación se generalizó. Me mantuve al margen, ensimismado en mis problemas. No obstante, de vez en cuando mis ojos tropezaban con los de Lois y me parecía descubrir en ellos un cálido mensaje de aliento.

Más tarde, Henderson apareció sobre cubierta. Todos le dedicaron su atención y me pareció que él sentíase como un reyezuelo en medio de su corte de aduladores.

Y entonces mi estómago inició su primer ataque del día. No fue excesivamente violento, pero sí prolongado, como si quisiera recordarme la amenaza que pesaba sobre mí en el plazo fatal de aquellos seis terribles meses.

Me aislé de los demás cerrando los ojos y tratando de concentrar mis facultades en mi propio problema. Por primera vez dudé de mi decisión. Sí, Larry tenía razón y operando podía seguir viviendo... Pero estaba harto de ver morir a la gente en cuanto les metían el bisturí en el cuerpo en busca de lo que me aquejaba a mí. Aquel era un condenado mal que no admitía bromas...

Quedé dormido bajo el sol. Seguramente fue cuando el dolor dejó de martirizarme; el caso es que cuando abrí los ojos solo vi a Lois tendida junto a mí, mirándome fijamente.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Nadando.

—¿Por qué no has ido tú también?

—Bueno... quería verte dormir.

—¿Qué? Vaya tontería...

—Estabas inquieto, murmurando cosas incomprensibles. ¿Qué es lo que te pasa, Bart?

Sentí un escalofrío.

—¿Qué has escuchado?

—No he podido comprenderlo. Decías algo respecto a abrirte en canal y tonterías así...

—¿Nada más?

—No he podido entender lo otro.

—¿Y solo para escuchar eso te has quedado aquí?

Asintió, sonriendo. Pero luego insistió:

—¿Qué es lo que tienes?

Intenté hablarle de otras cosas, pero ella se mantuvo firme. Finalmente me cansé.

—Te lo contaré esta noche —decidí—. Eso si eres buena chica y dejas de meter las narices en mis asuntos.

Me dio un largo beso como premio.

Al cabo de unos minutos aproveché la ocasión para adelantar un poco más en mis pesquisas.

—He estado pensando mucho sobre lo que me dijiste ayer, querida. Si Henderson está enterado de lo de su mujer, ¿por qué crees tú que no pide el divorcio?

—Es difícil de comprender si no se le conoce. Él puso todas sus ilusiones en Wendy. Prácticamente, la sacó de la pobreza para hacerla su mujer. Él no ha tenido hijos, no le queda absolutamente ningún familiar.

—Comprendo.

—El viejo concentró su vida y su afecto en ella. Quiso moldearla a su gusto. Todo lo que ella es, todo lo que representa y todo cuanto tiene se lo debe a él. Recuerdo que el viejo era un hombre amargado y taciturno, pero al casarse con Wendy rejuveneció. Fue como si volviera a vivir, ¿entiendes?

—Creo que sí.

—Si ahora se separase de ella el mundo se derrumbaría a su alrededor.

—Pero si no se divorcia tendrá que seguir soportando el actual estado de cosas.

—Eso es lo que me asusta, Bart. Y lo malo es que ella está loca por Bellamy.

—¿Y él?

—Creo que también siente lo mismo. Por lo menos, no duda en afrontar muchos riesgos para estar cerca de ella.

—Es una linda situación para que estalle como una bomba.

—Vamos a olvidarnos de eso, ¿quieres? Me gustaría que vinieras conmigo a nadar...

—Espera que me ponga el bañador.

Cuando regresé a cubierta la encontré encaramada sobre la borda. A cierta distancia se mecía una lancha motora y todo el grupo retozaba en el agua entre risas y juegos.

—¡Te desafío a saltar desde aquí, Bart!

Antes que pudiera responderle saltó y se zambulló. Fue a salir cerca del grupo y entonces salté yo.

El agua estaba tibia y resultó un placer hundirse en ella. Cuando estuve al lado de Lois, ella buscó mi mano y la oprimió dentro de la suya.

No sé cuánto tiempo estuvimos nadando y jugando como chiquillos. Los demás chillaban y reían también, pero cuando me sentí cansado me dejé flotar, mecido por el suave balanceo de las olas. Estaba entre la fina motora y el yate. Hasta entonces ni siquiera me había dado cuenta que Frankie no estaba entre los que nadaban, pero al mirar hacia la nave vi su rostro a través de un tragaluz. Tenía una expresión torturada según me pareció advertir, pero al aguzar mi atención descubrí que sus ojos, contrariamente a lo acostumbrado, tenían una expresión viva y brillante, demoníaca.

Sorprendido, me acerqué lentamente al yate, como si fuesen las olas las que me desplazasen. No me había equivocado. Aquel rostro tenso, sudoroso, expresaba un odio mortal. Miraba fijamente a alguien situado al otro lado de la motora, pero al darse cuenta de mi proximidad desapareció de repente, como asustado al verse sorprendido.

Giré en el agua tratando de descubrir el objeto de aquel odio, pero el grupo era un revoltijo de cuerpos retozando como delfines.

Poco después me encaramaba por la escalerilla del yate, hasta sentarme

sobre la borda. Vi que Henderson estaba sentado en la motora, riendo y divirtiéndose con el espectáculo.

Cuando me cansé de soportar el sol sobre la espalda, busqué el refugio de la toldilla de popa. Allí encontré a Frankie peleándose con una botella de *whisky*.

—¿No te gusta nadar, Frankie? —le espeté.

—Te diré... si el mar fuera de *whisky*...

—Eso es un chiste viejo y malo.

—Lo lamento. Por las mañanas estoy en baja forma.

Me preparé un trago y fui a tenderme en una de las tumbonas. El *whisky* estaba helado y se me antojó más bueno que de costumbre. Hasta el cigarrillo me supo mejor.

Repentinamente, Frankie dijo:

—He estado pensando, Bart.

—Felicidades.

—No es ninguna broma. Este viaje no es como los anteriores.

—¿No?

—Y creo que la culpa es tuya, compañero. Tú le das dramatismo a la cosa. Falta la espontánea alegría de otras veces.

—No me digas... Oye, ¿no estarás borracho? Reconozco que es temprano todavía, incluso para ti, pero...

—Búrlate todo lo que quieras, pero algo va a suceder en este cruce.

—Tus dotes de adivino son fabulosas. Vale más que te dediques a beber, ¿sí? Quiero dormir un poco antes que regresen los demás.

—Debes haber pasado muy mala noche.

—Yo no la calificaría así.

Cerré los ojos y empecé a reflexionar. El borracho tenía razón; algo se preparaba durante el viaje. Era una sensación que flotaba en el aire y que uno podía percibir con solo mirar alrededor.

Seguía preocupado por todo esto, cuando los nadadores hicieron irrupción sobre cubierta. Su llegada rompió la paz que reinaba. Abrí los ojos. Frankie gruñó:

—El rebaño y el pastor. Me largo.

Se apoderó de una botella entera y desapareció por una escotilla. No podía evitarlo, aquel tipo me ponía nervioso.

Lois fue la primera en llegar a mi lado. Los otros siguieron persiguiéndose por cubierta.

—Voy a darme una ducha, Bart. Después subiré...

—Acércate.

Se inclinó lo suficiente para que pudiera besarla y lo hice.

—Si existiera el flechazo —dije—, te diría que te quiero.

—Ya encontraré una mejor ocasión para que me lo digas...

Y se marchó.

Los demás se cansaron de armar escándalo y se fueron también en busca de las duchas. Al quedar otra vez solo traté de encauzar los pensamientos hacia el problema que me preocupaba.

Pero todo resultó inútil y renuncié.

Cuando me disponía a levantarme para ir a ducharme, el dolor hizo acto de presencia y me tuvo aplastado sobre la tumbona durante diez minutos.

Asustado, deseé no haber emprendido aquel crucero. Por lo menos, en tierra estaba Larry...

Pero estaba también su bisturí y eso cambiaba las cosas.



El día había transcurrido sin novedad y bastante divertido. Hubo juegos en cubierta, baile y una apetitosa cena. Y, lo que para mí resultaba más importante, sin ningún ataque de mi mortífero huésped interior.

Por lo demás, flotaba una extraña calma entre los componentes del grupo. Nadie atacaba a nadie y las conversaciones eran ocurrentes y amables.

A mi lado, cubierta por una corta túnica, Lois parecía abstraída, ensimismada en sus pensamientos. De vez en cuando, mis manos buscaban las suyas y esta débil caricia mantenía en pie nuestro pacto secreto.

Al cabo de un rato de charla, Julius Henderson se levantó pesadamente.

—Voy a acostarme. Mañana tocaremos tierra, muchachos. Verán un pequeño paraíso como ya van quedando pocos...

Miró a Wendy, pero ésta anunció:

—Me quedo un poco más, Julius. Ese airecillo nocturno me sienta bien.

Se marchó solo, apresuradamente, como si le corriera prisa acostarse, o librarse de nuestra presencia.

Entonces advertí la ausencia de Frankie y de Mac.

Tony Lukens no tardó mucho en dar las buenas noches y marcharse también. No parecía precisamente feliz.

Después transcurrieron quince minutos sin que nadie se moviera. Tampoco se cambiaron palabras, apenas algún que otro comentario insulso.

El siguiente en adoptar una decisión fue Bellamy. Levantándose, flexionó los brazos y anunció:

—Ahora me toca a mí. Buenas noches a todos.

Cinco minutos después, Wendy se despidió y desapareció igualmente.

Lois y yo quedamos solos. La atraje hacia mí y la besé suavemente.

Ella murmuró:

—Prometiste decirme algo esta noche, Bart.

En aquellos instantes yo no recordaba en absoluto la garra que permanecía agazapada en mis entrañas, como una amenaza latente. Todo lo que me preocupaba era la muchacha que estaba junto a mí.

—No recuerdo...

—He visto que te doblabas de dolor, Bart, y no una sola vez.

Traté de quitarle importancia a la cosa, pero ella insistió y no me quedó otra solución que revelararle la verdad, no sin que antes ella prometiera no decir una palabra a nadie sobre el asunto.

Cuando lo supo todo tardó unos segundos en hablar.

—No debiste hacer eso, querido —susurró.

—¿No debí hacer qué?

—Marcharte en esas circunstancias. Ese médico amigo tuyo tiene razón.

—No quiero que me abran en canal, pequeña. Si he de morir quiero hacer el gran viaje de una sola pieza.

—Pero es posible que no sea... eso... cáncer.

La palabra fatal me acusó un estremecimiento.

—Seguro que no lo es —dije.

—¡Oh, Bart! Es horrible... ¿Crees que no lo es?

—Lo que yo piense no importa.

—Pero seis meses tan solo...

Se echó en mis brazos y capté el sabor de sus lágrimas en mi boca.

Después, siguió abrazada a mí sin hablar, como si quisiera infundirme ánimos con el contacto de su cuerpo. De repente estalló:

—¡Oh, Bart, te quiero!

—El flechazo...

—No te burles.

—No es ninguna burla. Yo también te quiero, y bien sabe Dios que nunca quise enamorarme. Era un amante de la libertad absoluta.

—¿Por qué tendrán que suceder estas cosas?

—No vayas a ponerte trágica, pequeña. Me siento mucho mejor solo con habértelo confiado.

—Pero no puedes estar seguro de que sea tan terrible, Bart—... Y si no es lo que crees estás cometiendo una insensatez al no obedecer a tu médico.

—Bueno, yo solo sé que está escarbando mis entrañas de vez en cuando. Al fin y al cabo, todavía me queda tiempo por delante, ¿no es así? Lo que lamento ahora es haber tardado tanto en conocerte.

No replicó, ni hacía falta. Entre ella y yo, el silencio era tan elocuente como las palabras.

No sé qué tenía aquella noche para mí. Me sentía débil y al mismo tiempo inmensamente fuerte al contar con el amor de una mujer como Lois. Y era cierto que sentía haber tardado tanto en conocerla...

Repentinamente, esta vez sin previo aviso, sentí un zarpazo terrible en el estómago. Pegué un salto y caí doblado fuera de la tumbona, con un dolor agudo y desconocido perforándome las entrañas. Nunca hasta entone me había atacado con tal intensidad.

Lois se lanzó sobre mí asustada, y sacó fuerzas de flaqueza para incorporarme.

—¡Bart, oh, Bart! ¿Puedes sostenerte mientras voy a buscar ayuda?

—No... no avises a nadie... pasará pronto...

—Te llevaré abajo... apóyate en mí... así.

No recuerdo cómo llegamos abajo, ni cómo ella tuvo fuerzas para instalarme sobre su cama. Todo era un marasmo de dolor insoportable.

Cuando cesó, quedé agotado y jadeante. No había durado mucho, pero su fuerza había sido terrible.

Lois estaba secándose el sudor de la frente cuando pude darme cuenta de la realidad.

—¿Ya pasó?

—Sí... esta vez ha batido sus propias marcas...

—No hables.

—No importa ahora. Tardará en volver... en unos minutos estaré repuesto. Lo malo será cuando esos dolores sean continuos.

—No pienses en eso y trata de dormir.

—¿Y tú?

—Me acostaré también.

—Lamento haberte estropeado la fiesta, querida. Esta pudo ser una noche inolvidable...

—No hables así... Me siento feliz porque estás conmigo. ¿Crees que soy una estúpida por haberme enamorado?

—Seguro. Es un mal negocio enamorarse de un deshecho de hombre como yo.

—¡Bart, por favor...!

—Olvídalo.

Apagó la luz y me cubrió con una delgada manta. Tardé mucho tiempo en quedar dormido, escuchando la suave respiración de la muchacha, tendida a mi lado, pero al fin el agotamiento me venció y caí en un profundo sueño.

Pero cuando abrí los ojos de nuevo todavía era de noche. Lois dormía plácidamente. Sentí deseos de fumar y me levanté con cuidado para no despertarla.

Descalzo, recorrí el pasillo pisando como un gato para no delatar mi presencia, buscando la escalera de cubierta.

Fue al pasar por delante del camarote de Bellamy que me detuve en seco al escuchar las voces airadas.

Una de ellas estaba diciendo:

—¡Eres una repugnante babosa! Tu desfachatez no tiene límites, David, pero esta vez has llegado demasiado lejos.

Era la voz de Henderson. Una voz que, incluso contenida, vibraba de ira.

Bellamy replicó en el mismo tono:

—No metas tus delirantes sospechas en este asunto. Estoy hablándote de negocios.

—¡Al demonio los negocios! Basura es lo único que tú puedes manejar. Pero no te preocupes, ya hablaremos de eso donde pueda decirte las

verdades...

Unos pasos precipitados se dirigieron a la puerta. Descalzo como yo estaba, me alejé de un salto, y una vez en cubierta esperé. Pero no hubo nada más, ni mi cliente, salió a tomar el aire después de su acalorada discusión.

Encendí el cigarrillo y de modo instintivo busqué refugio en la toldilla.

De manera que el asunto había estallado. No cabía duda que mi cliente le había dicho a Bellamy lo que pensaba de él, y en unos términos que no dejaban lugar a dudas. No me gustaba la situación.

La luna brillaba tan redonda y clara que semejaba un faro colgado en el firmamento. A su luz, en el horizonte, distinguí una vaga sombra alargada. Tierra. México. Bien, tal vez al estar allí los ánimos se calmasen.

Me tumbé y estuve pensando un rato en lo que había escuchado. Pero debí quedarme dormido, porque me sobresalté cuando oí los pasos que se acercaban.

Era David Bellamy. Miraba a todas partes como si buscara a alguien, más al verme se detuvo y quedó inmóvil, igual que petrificado.

—¿Es a mí a quién buscas? —le espeté.

—No, claro que no. No podía dormir y he subido a tomar el aire. Buenas noches, Bart.

No esperó mi respuesta y se alejó. ¿Qué demonios significaba eso?

Volví a tenderme, pero esta vez con los nervios tensos y alerta.

Gracias a eso escuché el grito apagado que resonó en la proa del yate. Todavía vibraba el alarido en el aire cuando yo ya volaba en dirección a proa.

Había llegado a la altura del pabellón que alargaba la emisora de radio cuando sonó el disparo. Al rebasar la esquina pude ver una oscura masa volteando por encima de la borda, un bulto informe.

—¡Quietos! ¿Qué pasa ahí? —vociferé.

La masa oscura desapareció. Sonó un violento chapoteo en el agua y una voz ronca gritó:

—¡Socorro...!

Llegué al lugar por dónde el hombre había caído al agua y me incliné tratando de verlo. Pasos precipitados se oían en todas partes.

Una voz chilló:

—¡Hombre al agua, paren las máquinas!

Desde el agua, la voz de Henderson gritó, ronca y casi desconocida:

—¡Ayúdenme... me ha herido...!

Sólo perdí el tiempo justo de quitarme la camisa. En el momento que me encaramaba a la borda, Bellamy gritó detrás de mí:

—¿Qué pasa, Bart?

Ya no pude responderle. La negrura del mar se cerró sobre mí y ya solo me ocupé de buscar al herido.

El yate, debido al impulso de su marcha, se había alejado bastante.

La luz de la luna iluminaba la superficie lo suficiente para que pudiera verse cualquier cosa que flotara en ella, pero no se distinguía nada en absoluto. Oí las cabrias que descendían la motora, y, luego, el petardeo de ésta. Un reflector relampagueó y quedó fijo sobre mí, pero les hice señas frenéticas y acabaron por comprender, de modo que se dedicaron a barrer las aguas en un inútil intento.

—¡Debe haberse hundido! —exclamé—. Hay que bucear...

La ocupaban dos marinos. Uno de ellos se despojó de las ropas y el otro preguntó:

—¿Quién ha caído, señor?

—Julius Henderson.

—¡Cielos!

El marino que se había quitado la ropa saltó al agua y desapareció en las profundidades. El otro aprovechó que yo todavía permanecí unos segundos más recobrando fuerzas para informarme:

—Ha sido encontrado un revólver sobre cubierta, señor...

—¿Quién se ha quedado con él?

—Prescott... es el piloto.

Buceé furiosamente una vez tras otra. El marino nadaba como un pez, y cada vez que se hundía mucho más abajo que yo, lo hacía con una suavidad asombrosa.

Finalmente, coincidimos los dos al sacar la cabeza fuera del agua.

—Es imposible —jadeó el muchacho—. Debe haberse hundido hasta el fondo...

—¿Qué profundidad hay aquí?

—No lo sé... mucha sin duda. Estamos a unas cuatro millas de la costa más cercana.

—¿Se siente con fuerzas para continuar?

—Sí... pero después mi compañero y yo podemos relevarnos.

Estuvimos sumergiéndonos por equipos. Otro marino se había unido a nosotros, de modo que siempre había dos hombres buceando. Seguimos así hasta que el sol estuvo ya tan alto que abrasó nuestra piel, demasiado impregnada de salitre.

Entonces dimos la búsqueda por terminada. Era humanamente imposible hacer más.

Al llegar a cubierta nos dimos cuenta de que todos los hombres habían estado haciendo lo mismo que nosotros. Las mujeres permanecían en la toldilla, tensas y expectantes.

Los únicos que no se habían sumergido eran el piloto y Frankie, éste porque estaba inmerso en un sueño de alcohol.

Me gustó el piloto. Era joven, decidido, y sabía lo que llevaba entre manos. Nos reunió a todo en la toldilla y nos mostró un revólver, que

sostenía envuelto en un pañuelo.

—Este revólver ha sido disparado esta noche —dijo con voz seca y clara—. La mayoría de ustedes han oído el disparo. El arma estaba en la proa, cerca del lugar por dónde el señor McKena se ha arrojado al mar.

Me dispuse a interrumpirlo, pero él lo impidió con un ademán y añadió:

—Por favor, aguarde. Este desgraciado suceso me convierte en patrón del yate, ya que soy el único oficial a bordo. No quiero andarme con rodeos. Se ha cometido un crimen y todos lo sabemos, ¿no es así?

Nadie respondió.

Entonces, el piloto, Prescott, se enfrentó conmigo.

—Sé quién es usted, señor McKena, y conozco también la misión que le trajo a bordo. El señor Henderson me advirtió de ello.

—¿Sí?

—El confiaba en mí. Espero que me ayudará usted a controlar la situación hasta que lleguemos a tierra.

—Cuenta conmigo, naturalmente. ¿Me permite ver ese revólver?

—Mientras no lo toque...

Alargó el brazo. El arma era un «Colt 38». Saqué el pañuelo y protegiéndome los dedos con él hice girar el cilindro.

—Este es el mismo revólver que se le disparó al señor Henderson. Hay dos cartuchos vacíos en el cilindro.

Ni siquiera el piloto despegó los labios, pero sus ojos acusadores y chispeantes como un diablo recorrieron el grupo.

Seguro que me gustaba el tipo.

---

Prescott había dado cuenta del suceso por radio, de modo que cuando el yate atracó, los policías mejicanos estaban esperándolo en el muelle.

A bordo subieron solo dos, un agente que permaneció junto a la pasarela y un capitán de rostro atezado, fino bigote muy negro y ojos brillantes y saltones. Habló largamente con el piloto y le formuló varias preguntas que no pudimos oír desde dónde estábamos todos los demás.

Al fin, Prescott me llamó y fui a reunirme con ellos, cerca del pabellón de la radio.

—Este es el detective privado de quien le he hablado, Bart McKena —dijo, presentándose—. El capitán Nogales, jefe de la policía de Puerto San Juan.

El capitán me escrutó con sus ojos un poco saltones.

—¿Puede contarme el suceso según lo presencié usted? Eso me ayudará mucho para comprender.

Hablaba un inglés perfecto, excepto por un leve acento suave y cadencioso. Prescott no dijo nada mientras relataba lo que había sucedido en la proa del yate aquella noche.

—Creo que le he entendido perfectamente —dijo cuando terminé de hablar—. Veamos. ¿Usted vio al señor Henderson luchando contra alguien?

—Vi solo las siluetas. Mejor dicho, un bulto debatiéndose junto a la borda. Sonó el disparo y cuando llegué al lugar de la lucha el bulto había desaparecido.

—¿Quiere decir que cayó junto con su atacante?

—Ya he discutido ese punto con el señor Prescott. No puedo afirmarlo ni negarlo. Es más; ante un tribunal no podría ni siquiera jurar que vi dos hombres.

—Pero usted afirma que hubo una violenta lucha, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces no cabe duda que había dos hombres. Veamos, ¿Vio usted a alguien más cuando llegó a proa?

—En absoluto.

—¿Está seguro?

—Por completo. Aunque si hubiese habido alguien agazapado en la oscuridad tampoco lo habría visto. Toda mi atención estaba pendiente del hombre que pedía socorro.

—Comprendo. —Nogales empujó su gorra hacia la nuca y se rascó el

esposo cabello negro. Después dijo—. Según entiendo, cuando usted ha saltado por la borda ha oído una voz detrás, en la cubierta. ¿Es así?

—En efecto. Era David Bellamy, uno de los pasajeros.

—Supongo que está seguro de la identidad de ese señor...

—Completamente.

—Pero no lo ha visto usted.

—Sólo he oído su voz, que es inconfundible cuando se ha escuchado una vez.

—Ahora quiero estar seguro de un punto. ¿Puede repetirme textualmente las palabras que ha gritado el hombre caído al mar?

—Sí, claro. La primera vez solo ha pedido socorro. La segunda, ha gritado: «¡Ayúdenme, me ha herido!»

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Ha dicho «me ha herido?»

—Con esas mismas palabras.

—Bueno, eso nos demuestra que ha habido una lucha. Alguien le ha disparado o él ha caído por la borda... Tendré que interrogar a los demás. Empezaremos por ese señor Bellamy...

Aproveché el tiempo que David tardó en llegar para revelar al capitán la presencia de aquel en la toldilla pocos minutos antes del atentado. No quería tener dificultades si él lo confesaba.

Y lo hizo sin vacilaciones. No dejó de sorprenderme su franqueza. Lo único que no tenía sentido era la explicación que dio para justificar el que estuviera en cubierta. Como era su costumbre, el capitán Nogales se empeñó en puntualizar:

—¿Afirma usted que el señor Henderson le había citado en la toldilla?

—Eso he dicho.

—Es preciso aclarar eso, señor. ¿Por qué le había citado en la cubierta a esas horas de la madrugada?

Eso no le gustó a Bellamy. Tardó mucho tiempo a responder.

—Habíamos estado en mi camarote tratando de negocios... de una inversión que él se disponía a realizar en mis empresas. Hacía un calor bochornoso abajo y él prefirió seguir hablando en cubierta. Dijo que iba a ponerse una chaqueta y que nos encontraríamos arriba, de manera que subí a los pocos minutos. Entonces tropecé con McKena.

—¿Hay alguien que pueda corroborar su declaración?

—Claro; el propio McKena.

—No, no, señor Bellamy —gruñó Nogales—. Me refiero a esa conversación en su camarote a horas tan tempestivas.

—Eso es imposible. Era una entrevista privada. Nadie ha asistido a ella, aunque la señora Henderson podrá informarle que su esposo no estaba en su camarote a la hora que digo. Incluso es posible que sepa el motivo de

esa ausencia.

—Se lo preguntaré. ¿Quiere decirle usted mismo que venga aquí, señor Bellamy?

Este se retiró con un suspiro de alivio.

Nogales se volvió hacia el piloto:

—¿Era costumbre de su patrón tratar de negocios a esas horas de la madrugada?

—No lo sé, capitán.

Pensé en la discusión que había escuchado. Era importante, aunque por sí sola no constituía una prueba. Pero se lo conté también al mejicano, quien enarcó las cejas:

—Ha tardado usted mucho en decidirse a hablar...

—Lo acabo de recordar.

—Bueno.

Busqué un lugar donde sentarme, y desde allí presencié el interrogatorio de todos los demás. No se sacó nada en claro.

Por su parte, Wendy afirmó que su marido tenía la intención de tratar cierto negocio con Bellamy, de modo que se había dirigido a su camarote. Eso fue todo lo que dijo.

Cuando quedamos solos otra vez, Nogales masculló:

—Está tan claro que su resplandor puede cegarnos. Bellamy ha matado al señor Henderson. ¿Qué opinan ustedes?

Prescott se encogió de hombros:

—No seré, yo quien lo discuta. Hay algo que usted no sabe todavía, capitán; Bellamy era el amante de la señora Henderson, y se da la circunstancia de que él lo sospechaba.

—Lo he supuesto, naturalmente. El señor McKena estaba aquí para realizar ese trabajo, comprobarlo. ¿Había usted presentado el informe?

—No tuve la oportunidad.

Hubo un largo silencio, mientras el capitán tomaba unas breves notas. Después, sin apenas mirarme preguntó:

—¿Conoce usted a alguien llamado Ralph Yager, señor McKena?

—Esta es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿Y a James Brett?

—Ese sí lo he oído nombrar en alguna parte. ¿Qué es lo que pasa, capitán?

—Son dos forasteros un tanto extraños que han aparecido por la ciudad, preguntando en los muelles si este yate había llegado, o si era esperado.

Recordé de repente a los dos hombres que había visto en el muelle cuando emprendimos el viaje, aunque me abstuve de mencionarlo, porque podía estar equivocado.

—Lo preguntaré a los demás antes de irme —farfulló Nogales—. Ahora

me gustaría dar un vistazo al camarote del señor Henderson si es posible.

Prescott asintió:

—Sígame —dijo.

Me dejaron solo. Tumbado en el muelle colchoneta de aire estuve pensando en el capitán y en todo lo demás. Pero cinco minutos más tarde estaba convencido que mis esfuerzos en ese sentido eran vanos, así que me ocupé de otras cosas.

—¿Cómo te encuentras?

La voz de Lois disipó todo lo desagradable que bullía en mi mente.

—Siéntate, querida. Aquí, a mi lado.

La besé fugazmente. Ella repitió su pregunta. Yo dije:

—Bien, por el momento. ¿Qué dicen los demás sobre lo ocurrido?

—Nada. Todos temen comprometerse si hablan más de la cuenta. Pero en todas las mentes hay la misma idea, Bart.

—¿Cuál?

—Que David mató al viejo. Tony casi se lo ha dicho con todas las letras.

—¿Qué opina Mac?

—Lo mismo, sin ninguna duda.

—¿Y Wendy?

—Está asustada. La conozco muy bien y estoy convencida de que ella no esperaba una cosa semejante.

—¿Crees que si David lo mató lo hizo sin conocimiento de ella?

—¡Claro que ella no lo sabía! Wendy puede ser todo lo que quieras en ciertos aspectos, pero jamás llegaría a semejantes extremos.

—Tendré que hablar con ella...

—¿Por qué no me dijiste lo que estabas haciendo aquí realmente? Debiste confiar en mí desde un principio...

—Querida, si me fiara de todo el mundo a las primeras de cambio, pronto me vería obligado a dedicarme a criar gallinas. Mi trabajo no es como tú supones.

—Ahora comprendo tu interés en tirarme de la lengua. Tengo la esperanza de que en lo nuestro no estuvieras también representando un papel, Bart.

—Eso es un asunto aparte. Te quiero, ¿entiendes? Es así de sencillo.

La llegada del capitán y el piloto cortó el tema. Nogales se caló la gorra y me espetó:

—Lamento las molestias que les cause, pero he de rogarle que no salga del yate, señor McKena. Esta medida implica también a todos los demás, aunque espero poder autorizarles a salir muy pronto. El señor Prescott se encargará de que mis órdenes se cumplan a bordo.

Estrechó la mano del piloto, dedicó una inclinación versallesca a Lois y, después de estrujar mis dedos entre los suyos, se largó llevándose al agente

que había subido con él. Sin embargo, Prescott refunfuñó:

—Ese tipo me altera los nervios. ¿Por qué no ha dejado a uno de sus policías en la pasarela? No me gusta cargar con esta responsabilidad.

—¿No piensa advertir a nuestro consulado más próximo?

—Ya está hecho, pero de poco va a servirnos. Estamos en aguas mejicanas y el crimen se cometió en su jurisdicción. Y todavía falta la investigación de las autoridades de marina. No vamos a pasarlo muy divertido precisamente.

—¿Qué se ha hecho del revólver?

—Se lo ha llevado el capitán, por supuesto.

—¿Han registrado el camarote?

—Ya lo creo, aunque podíamos habernos ahorrado el trabajo.

—¿Han encontrado la bala que se disparó accidentalmente?

—Sí, estaba incrustada en un mamparo. El capitán la ha sacado con un cuchillo.

—Por lo menos, eso desvanece una duda que me preocupaba.

—¿A qué se refiere?

—Es largo de contar. ¿No han interrogado a Frankie?

—Imposible. Está completamente borracho, inconsciente, igual que muerto.

—Ya veo...

—Escuche, McKena, no me fío de ese policía. Usted es un profesional y estaba contratado por el patrón. Le sugiero que haga algo mientras estamos todos a bordo.

—¿Hacer qué?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? Yo no soy policía ni investigador privado.

—Le confieso que a mí también hay algunas cosas que me intrigan, Prescott. Intentaré aclararlas. ¿Le importaría mandarme a David Bellamy?

Dejó escapar un suspiro de alivio y se largó apresuradamente.

Lois preguntó:

—¿Qué te propones?

—No tengo nada pensado, pero algo hay que hacer para que podamos desembarcar cuanto antes.

—¡Con lo que podríamos divertirnos en tierra! ¿Te das cuenta?

Fue a apoyarse en la borda. Delante nuestro se extendían los pequeños muelles, unos almacenes y, detrás de todo ello, encaramándose caprichosamente por una colina, multitud de casitas blancas como puestas allí a voleo, donde más pudieran destacar contra el verde paisaje.

A la derecha, perdiéndose tras la falda del monte, estaba la ciudad propiamente dicha, una población de unos cuarenta mil habitantes. Era una vista idílica que no encajaba con asesinatos y criminales.

Detrás nuestro oímos los pasos de los que llegaban. Me volví. David

Bellamy, escoltado por el piloto, no disimulaba siquiera su nerviosismo.

—Dice Prescott que quieres hablar conmigo, Bart —dijo—. ¿De qué se trata?

—Creo que no es preciso andarnos por las ramas entre nosotros, David —le espeté sin rodeos—. Tú sabes perfectamente que estás metido en un lío de todos los diablos.

—¿Y qué?

—Bueno, o te sacudes las sospechas o tendrás que vértelas con un jurado.

—Empiezas a comportarte como el polizante que eres.

—Quiero salir de aquí cuanto antes, eso es todo.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¡Al diablo, David! Si quieres seguir así tú verás cómo te las arreglas. Pero quiero saber una cosa, muchacho. Se refiere a anoche, cuando Henderson abandonó tu camarote...

—Por lo menos, crees que estuvo allí. Eso es algo que los demás no aceptan.

—Yo «sé» que estuvo en tu camarote, amigo. Oí su voz. Pero eso no importa ahora. ¿Estás seguro que dijo que iba a buscar una chaqueta antes de subir a cubierta?

—Eso fue lo que dijo. El camarote era muy caluroso y decidió continuar la discusión arriba...

—Si hacía tanto calor, ¿por qué infiernos necesitaba una chaqueta?

Dio un respingo. Prescott se enderezó de golpe.

—No había pensado en eso —murmuró Bellamy.

—Pues medita en ello ahora y no me mientas porque sería tirar piedras sobre tu propio tejado. ¿Estás «absolutamente» seguro que dijo que iba a buscar una chaqueta? Pudo decir que iba a...

—¡No, no! —me atajó—. Recuerdo perfectamente sus palabras. Dijo que le esperase en cubierta, mientras él iba a su camarote a ponerse una chaqueta.

—Está bien, David, creo que eso es todo.

Aturdido, ni siquiera acertó a hablar. Giró sobre los talones y se fue. Entonces me encaré con el piloto:

—Imagino que tienen ustedes una lista del material que hay a bordo —dije.

—Por supuesto. Hay una relación con todo lo que llevamos a bordo de manera permanente. Otra de los víveres y vituallas que se cargan para cada crucero y...

—Me interesa la primera. Necesito una copia, y emplee a todo el personal en confeccionar otra inmediatamente. Quiero que realicen un inventario al detalle. Concretamente, quiero comprobar si falta algo a bordo.

—¡Demonios, McKena! No me diga que nos han robado también...

—No creo que se trate de ningún robo... ¿Puedes poner manos a la obra ahora mismo?

—Cuenta con ello.

Se marchó precipitadamente.

Lois susurró:

—¿Qué te propones, Bart?

—No lo sé con exactitud, todo depende de esa comprobación. Y ahora podríamos beber un trago, ¿no crees?

7

---

Cuando cerró la noche, el ambiente dentro del yate se enrareció de tal modo que se hizo inaguantable. Nadie sentía deseos de conversar, las miradas que se cruzaban unos a otros estaban cargadas de sospecha y hasta Lois se había apartado de mí y fumaba, sola, junto al castillete de popa.

Wendy se había hecho servir la cena en su camarote, de modo que no la habíamos visto en todo el día. Bellamy iba de un lado a otro de la cubierta, solo y abatido. Los otros estaban más o menos en las mismas condiciones.

Y, por último, Prescott se había unido al grupo y bebía sentado rígidamente cerca de mí.

De Frankie no había ni rastro.

El piloto gruñó:

—Quizá usted le encuentre un sentido a este lío del inventario, pero le confieso que yo no lo veo por ninguna parte.

—Cuanto menos hablemos de ello mejor, Prescott. No me interesa que los demás se enteren.

Se encogió de hombros. En aquel momento, unos pasos resonaron en la pasarela. Prescott se levantó y acudió a recibir al recién llegado. Pensé que se trataría del capitán.

No obstante escuché una voz que hablaba en inglés inconfundible, y la de Prescott que exclamaba:

—Sí.

—Avisaré al señor Bellamy que está usted aquí. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No se lo he dicho, pero puede decirle que soy Ralph Yager. No me conoce por el nombre, pero sí de vista.

—Espere ahí...

Me levanté y anduve en la oscuridad hasta poder distinguir al individuo. Prescott se alejó hacia proa. Me oculté detrás de la motora, que estaba sujeta a sus cabrias, y aguardé.

Llegó Bellamy solamente. Escuché la voz del forastero cuando dijo:

—¿Me conoce usted, Bellamy?

—Sí... claro que sí...

Bellamy parecía presa de pánico. Su voz temblaba de tal manera que apenas era inteligible.

El individuo añadió:

—Llegamos unos minutos tarde cuando zarpó el yate. Nos costó mucho trabajo averiguar cuál era su destino.

De modo que aquel era uno de los que vi en el muelle...

—Dígale a Milton que el asunto se ha retrasado un poco —balbució Bellamy—. Ya lo tenía todo arreglado, pero el viejo cayó por la borda.

—Ya nos hemos enterado; incluso se ha hecho público el asunto. Mañana, esto estará abarrotado de reporteros llegados de todas partes, y usted sabe cómo detestamos la publicidad. Además, no vamos a regresar con palabras por todo equipaje.

—¡Pero no puedo darles el dinero ahora! —estalló Bellamy, casi ahogándose—. Milton sabe cómo iba a conseguirlo. Dígale que espere un poco más y le llevaré todo de una vez. Estoy seguro de obtenerlo en un par de días...

—Nada de palabras. El jefe esperó demasiado... tanto, que usted se largó de vacaciones y por poco no podemos echarle el guante. No pensamos regresar con las manos vacías, Bellamy.

—¿Qué diablos quiere que haga? Estamos retenidos en el yate. No podemos bajar a tierra... Ella acaba de quedarse viuda y no puede importunarla en estas circunstancias...

—Supongo que fue usted quien se cargó al viejo... Es una bonita combinación, Bellamy...

—¡Cállese! No lo maté yo... Y ahora váyase, un par de días y...

Sonó un golpe sordo y un quejido. Me enderecé y escruté las sombras. Bellamy estaba doblado sobre sí mismo, las manos apretadas contra el estómago. Se lamentaba sordamente.

El tipo corpulento seguía ante él, tranquilo y quieto. No intervení.

—Eso le servirá de advertencia, Bellamy —siguió Yager—. No me obligue, a emplear el resto de mis habilidades. Milton nos paga para que le obtengamos resultados, no buenas palabras. Tiene de tiempo hasta mañana a estas horas.

—¡Pero... es imposible...!

—Usted verá. O paga o el viaje de regreso lo hará en un ataúd. Hasta mañana a la noche, Bellamy. Entretanto...

Hubo otro golpe, este más fuerte que el primero. Cuando saqué la cabeza, Bellamy estaba caído de rodillas y el agresor descendía tranquilamente la pasarela. Pude verlo reunirse con otro que le había esperado en el muelle.

Esperé sin moverme. Bellamy se recuperó cómo pudo y al fin consiguió ponerse en pie y alejarse, aunque sus piernas no eran muy seguras.

Me disponía a salir de mi escondrijo cuando Prescott apareció procedente de debajo del arco que formaba la escalera de la cabina de radio. Sonreía en la oscuridad y le espeté:

—Hemos tenido la misma idea, ¿eh?

Dio un salto, sorprendido, y su cabeza golpeó la escalera. Soltó una sonora maldición, pero se contuvo y preguntó:

—¿Lo ha oído?

—Todo.

—¿Qué se trae entre manos esa rata? Ha hablado de la viuda...

—Es fácil de adivinar si uno recuerda lo que yo escuché. Bellamy pensaba sacarle una buena suma a Henderson con la excusa de una inversión financiera aunque en realidad era para pagar a esos fulanos.

—¿Cómo podremos averiguar quiénes son?

—No hace falta, ya lo sé.

—¡No me diga!

—Seguro. Además, ahora recuerdo los nombres que mencionó el capitán Nogales. James Brett es la mano derecha de Milton.

—¿Sí? Por lo visto usted imagina que yo frecuento la aristocracia del crimen. ¿Quién demonios es Milton?

—El rey de las apuestas. Controla el negocio en toda California y sus tentáculos de juego ilegal se extienden a diferentes Estados.

—Ya veo... Y Bellamy piensa obtener el dinero con que pagar...

—De Wendy —acabé yo por él.

—Tendremos que hacer algo para evitarlo, McKena.

—No hay prisa. De momento voy a dar un vistazo a nuestro genio literario, si ha regresado al mundo de los vivos.

Encontré a Frankie tumbado cara arriba en su litera. Tenía los ojos abiertos, pero parecían vacíos y vidriosos. Había colillas por todas partes y dos botellas vacías a un lado.

—¿Has resucitado ya, Frankie? —le espeté.

No hizo ningún movimiento, pero dijo:

—Lárgate de aquí, Bart. Fuera.

—Quiero hablar contigo.

—Apesta, polizonte. Largo. Fuera de aquí.

—No te gustan los policías, Frankie...

—Los odio.

—¡Qué pena! ¿Sabes que alguien asesinó a Henderson?

—Mac me lo dijo.

—Pero tú lo sabías antes, muchacho... porque estabas cerca cuando se cometió. No estabas aquí, borracho... Eso vino después, ¿verdad? Vi cómo te deslizabas en las escaleras...

Fue un tiro al azar, pero dio en el blanco. Fui el primer sorprendido.

Trató de incorporarse y sus turbios ojos se clavaron en mí como los de un perro rabioso.

—¡Mientes! —chilló—. Estaba aquí...

—Eso fue más tarde... Escucha, Frankie, quiero la verdad y la obtendré aunque tenga que romperte los huesos. No eres más que una

piltrafa y te sacudiré la borrachera a golpes.

—Eres un hijo de perra, Bart. No tienes ningún derecho para hacerme eso...

Le sacudí con demasiada fuerza. Rebotó sobre el camastro y luego se deslizó al suelo dejando escapar un largo sollozo de furor.

—Te mataré... —susurró.

Lo levanté del suelo. Era un saco de huesos. Volví a soltarlo cuando menos lo esperaba y sus piernas le fallaron, de modo que besó el suelo otra vez.

—Vamos, muchacho, habla y terminemos de una vez. Quiero la verdad.

—Está bien —farfulló—. Te lo diré.

Había apartado las dos botellas vacías. Agarró una de ellas y le dio un golpe contra el camastro, rompiéndola. Las aristas quedaron afiladas y largas como estiletes, convirtiéndose en un arma espeluznante.

—Te lo diré —repitió triunfalmente—. Pero cuando estés muerto...

Vino hacia mí tambaleándose, esgrimiendo su arma. Sentí un escalofrío al verle el rostro.

Retrocedí hasta tocar la pared con la espalda. Entonces se lanzó, aunque sin precisión ni fuerza. Sólo tuve que pegarle un puntapié en la mano y el cristal salió volando. Tras esto le golpeé en el cuello y se derrumbó definitivamente.

—¿Todavía no te has cansado de recibir, Frankie?

Ladeó la cabeza y sus ojos se fijaron en mí como los de una serpiente.

—Te mataré —repitió—. No importa dónde... ni cuándo... pero te mataré.

—Bueno, pero mientras llega ese momento vas a contarme toda la historia.

Barbotó una sarta de obscenidades. Después se calmó y trató de sentarse, cosa que logró tras no pocos esfuerzos.

—Tú ganas... por ahora. Yo iba a matar a Bellamy anoche...

Contuve la respiración.

—¿Por qué?

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

Sacudió la cabeza.

—Porque él me arrebató a Wendy...

Pensé si estaría volviéndome loco en medio de aquella colección de ejemplares de la Dolce Vita de Hollywood.

—¿Qué tiene que ver Wendy con todo esto? Ella estaba casada con Henderson, no con Bellamy.

—Henderson era más que un padre para ella... no me importaba el viejo. Yo... yo me conformaba con verla... y estar cerca de ella, oír su

VOZ...

—Sigue, maldito seas.

—Bellamy lo estropeó todo —sus dientes chirriaron—. La enamoró, convirtiéndola en una cualquiera.

—Ya veo... Y por eso tiene que morir, ¿no, Frankie?

—Sí...

—Estás rematadamente loco, compañero. Tan loco que eres muy capaz de hacer lo que dices, pero ten mucho cuidado porque a la menor ocasión te destrozaré de tal manera que tu apolillado cerebro te saldrá por los talones. ¿Lo has comprendido?

—Largo, apestoso... polizante...

Salí del camarote notando que la cabeza me daba vueltas.

¡Diablo con aquella gente!

Estaba subiendo la escalerilla cuando mi estómago pareció abrirse de arriba abajo. El desgarrón me dejó sin aliento, retorcido sobre mí mismo, jadeando en los escalones, sin fuerzas para subir.

No sé cuánto tiempo duró, pero cuando al fin conseguí salir a cubierta pensé que si el ataque me hubiera asaltado dentro del camarote del borracho hubiera estado listo y terminado. Aquel condenado trozo de botella podría haber dibujado arabescos en mi piel...

Al llegar a la toldilla, todavía aturdido, encontré allí al capitán Nogales.

—Acabo de autorizarles para dejar el yate, señor McKena —dijo el policía—. Aunque no podrán dejar la ciudad, por supuesto.

Todos asentimos. Entonces añadió:

—No he podido evitar que lo ocurrido se hiciera público... Temo que los periodistas caerán sobre nuestra ciudad como una bandada de buitres. Lo lamento por ustedes.

A juzgar por su tono, no lo sentía en absoluto. Yo estaba dispuesto a apostar que él personalmente había propagado la noticia...

Permaneció unos instantes más con nosotros, como si no encontrase la manera de irse, pero al final se largó y entonces le pregunté a Prescott:

—¿No ha dicho nada más que eso?

—En absoluto.

—No puedo comprender qué se trae entre manos. Para informarnos que podíamos bajar a tierra podía haber mandado a un simple agente...

Prescott no me prestó mucha atención y se marchó. Lois vino a mi lado y mantuvo sus ojos clavados en los míos.

—Estás muy pálido, amor... ¿Sucedio de nuevo?

—Sí, en la escalera. Por poco no caí rodando.

—Debemos buscar un calmante, Bart... no puedes seguir así.

—Hay cosas más importantes que hacer, pero si quieres bajar a tierra y divertirme un poco, espera que hable con Bellamy y te acompañaré.

La dejé y me encaminé al camarote de Bellamy, pero estaba vacío, lo

cual, unido a que no lo había visto sobre cubierta, me hizo pensar que estaría en el de Wendy, de modo que me encaminé allí y, sin escrúpulo alguno, apliqué el oído a la puerta.

Wendy estaba diciendo:

—¡No volveré a creer en tus palabras jamás! No me importa si eres culpable o no, eso lo resolverá la policía, pero el solo pensamiento de que puedes serlo es suficiente para que te odie y te desprecie...

—¿Te has vuelto loca? Te juro que no toqué a Julius en absoluto. ¿No comprendes que él podía haberme sacado de apuros? Necesitaba su inversión... ¿Por qué iba a matarlo?

—Tal vez por mí.

—¡No seas estúpida! —estalló Bellamy, olvidándose de su papel por unos momentos. Pero luego rectificó y añadió sumiso—. ¡Perdóname, Wendy, estoy tan excitado...!

—Será mejor que te vayas. Lo nuestro ha terminado, David... Ahora sé que nunca debió haber empezado.

—No estoy dispuesto a perderte, Wendy... ¿No comprendes que te quiero?

—Aunque dijeras la verdad todo sería igual. La sola sospecha de que puedas haber sido tú...

El tipo estaba aguantando hasta el límite, pero su voz acusaba una creciente tensión.

—¡No puedo consentirlo, Wendy! —estalló—. ¡Te quiero! No me resignaré a perderte por una estúpida sospecha... una sospecha absurda y sin fundamento... Te necesito, ¿no quieres comprenderlo?

Consideré que ya había escuchado lo suficiente para saber a qué atenerme y decidí volver a cubierta. Las cosas estaban poniéndose muy difíciles para Bellamy... su fuente de ingresos se le escapaba de las manos indefectiblemente.

Un sordo malestar iba acentuándose en mí estómago.

En cualquier momento el dolor estallaría... y hacía muy poco tiempo que me había asaltado ya...

El ataque se produjo cuando llegué junto a Lois, en cubierta. Afortunadamente no había nadie más y quedé allí, acurrucado, sin fuerzas, indefenso y jadeante, apoyado en su regazo igual que un niño asaltado por todos los temores del infierno.

Cada vez eran más frecuentes. De seguir así quizá los seis meses quedasen reducidos a mucho menos...

---

Los periodistas habían caído sobre el yate como una nueva invasión de los bárbaros. Hubo necesidad de organizar turnos de guardia entre los tripulantes para evitar en lo posible que tomaran la pasarela por asalto.

Habían llegado incluso de Los Ángeles en avión. Y de la capital de Méjico, y de infinidad de periódicos de todas las ciudades más o menos importantes.

Todos nos manteníamos lejos de ellos. Incluso habíamos decidido dejar nuestras reuniones en la toldilla, porque los reporteros gráficos disparaban sus cámaras provistas de teleobjetivo y no podía uno estar seguro de cómo le cazarían en sus placas.

Wendy seguía encerrada en su camarote, huyendo tanto de los reporteros como de todos nosotros. No me preocupaba por ella.

Mi refugio seguía siendo Lois. Únicamente ella lograba que mi cerebro dejara de acariciar absurdos y terribles proyectos para terminar de una vez con mi tortura. Dos ataques más durante la noche me habían dejado exhausto y amargado.

Estábamos discutiendo las posibilidades que había de bajar a tierra sin caer en poder de la pandilla de reporteros, cuando un agente de policía se presentó a bordo preguntando por mí.

Cuando lo tuve delante dijo:

—El capitán le ruega que vaya a su despacho, señor.

Está tan ocupado que le ha sido imposible desplazarse personalmente.

—Con gusto. Pero... ¿qué me dice de los periodistas? No deseo tener que soportarlos.

—He venido en un coche oficial. Está al pie de la pasarela. No le molestarán.

—Perfecto. Tú vendrás conmigo, querida. Cuando termine con el capitán podremos divertirnos un poco.

No hubo dificultad alguna para largarnos. Los fotógrafos dispararon sus cámaras a distancia, pero los policías les impidieron acercarse a nosotros.

El capitán Nogales no estaba de buen humor. Lo advertí cuando entramos en su despacho. Miró a Lois con evidente disgusto.

—Deseo conversar con usted en privado, señor McKena... La señorita puede aguardar fuera...

Cuando se hubo cerrado la puerta Nogales gruñó:

—He recibido una comunicación de la embajada de su país, señor McKena. Les toman a ustedes bajo su protección... y mandan a dos

abogados para defender los intereses de David Bellamy.

—Era de esperar...

—¿No le parece curioso que quieran defenderlo cuando ni siquiera ha sido acusado?

—Usted no lo ha hecho todavía, pero los periódicos le señalan abiertamente como culpable. Eso ha inclinado la balanza, creo yo.

Refunfuñó algo que no entendí. Dudé entre hablarle con franqueza o no. Luego decidí que ya era hora de cargarle con las preocupaciones por las cuales le pagaban y tomé una determinación, de manera que dije:

—He realizado algunas averiguaciones a bordo, capitán. Creo que mis conclusiones serían interesantes para usted.

—No me cabe la menor duda.

Me resultaba simpático Nogales, a pesar de ser policía. Era honesto y se debatía con un problema demasiado grande para él, a causa precisamente de la intervención de la embajada... Seguro que me parecía agradable.

Dijo, mirándome fijamente:

—Usted está en mejores condiciones que yo de averiguar la verdad, señor McKena. Le escucharé con mucho gusto.

—A mi modo de ver, hay que empezar por darse cuenta de la clase de sentimientos que mueven a cada personaje de los implicados en el caso, capitán. Empecemos por Wendy Henderson, una mujer extraordinariamente hermosa a la que su marido sacó de la pobreza para encumbrarla en un mundo de opulencia, de lujo y vida muelle y alegre. Wendy se encontró de la noche a la mañana convertida en una reina, con joyas, vestidos, una casa lujosa, coches... un yate... y demasiado dinero.

—El sueño de la cenicienta —comentó Nogales en voz baja.

—Algo muy semejante. Y todo se lo debía a Julius Henderson, un hombre que pasaba de los sesenta años, bien conservado gracias a los infinitos cuidados a que se sometía, pero que era un anciano casi decrepito a los ojos de una muchacha tan joven como Wendy.

—Eso está muy claro... esos casos se dan con frecuencia.

—En efecto. Al principio todo fue bien. Henderson había vivido solo desde que enviudó, a sus cuarenta años. Tal vez suspiraba por una hija... o una esposa decorativa, aunque estoy inclinado a creer que deseaba a alguien a quién mimar y encumbrar a su lado. Wendy fue todo eso en una pieza para él.

—Siga...

—Para ella debió resultar una experiencia fascinadora... mientras duró la novedad. Después empezó el aburrimiento. Wendy era joven, llena de vitalidad y con todos sus sentidos ardiendo en su alma gracias a las excitaciones de su nueva vida. Pero cuando todo se convirtió en rutina las cosas se estropearon. Tardó mucho en ser infiel... y tal vez no lo habría sido si no hubiera aparecido David Bellamy en su vida.

—Corriente —comentó Nogales—. Él se convirtió en su *gigolo*.

—Ni más ni menos. Por supuesto, él no perseguía solamente el amor de la muchacha. Tenía otros fines más positivos. Debe mucho dinero a una organización de apuestas, y no me cabe duda que sus negocios están hipotecados, de lo contrario no estaría metido en el apuro en que se encuentra. Quizá los vendió ya, no lo sé.

—¿Qué tiene eso que ver con la señora Henderson?

—Mucho. Ella acepta el juego con Bellamy porque llena su juventud de cuánto puede apetecer, pero en el fondo sigue queriendo al viejo. No con el amor de una esposa, sino con una extraña mezcla de cariño filial y agradecimiento. Así las cosas, Bellamy empezó a trabajar a Henderson para sacarle una importante suma de dinero con la excusa de invertirla en negocios, pero destinada realmente a pagar a los *gángsters* que le siguen los pasos a causa de sus deudas en las apuestas de California.

—Pero si él lo mató...

—Aguarde un poco, capitán. Mientras todo esto sucedía, Henderson sospechó lo que ocurría y contrató a una agencia de detectives para que le pusieran las cosas en claro. La agencia le entregó un informe completo, con fotografías reveladoras... Ya sabe usted cómo se hacen estas cosas.

—En otras palabras, le contrató a usted.

—No. A mí acudió después de saber todo esto.

No me quedó más remedio que explicarle también lo que Henderson me había encargado, después que él ya sabía todo cuanto necesitaba saber al respecto.

Asombrado, Nogales mascullo:

—Es absurdo. ¿Por qué esa comedia?

—Porque yo debía estar a bordo cuando... Mejor dicho, necesitaba una especie de técnico en investigaciones a bordo y me eligió a mí. No quería el divorcio, ¿comprende? Todas sus ilusiones de senectud habían sido depositadas en su mujer. Y ella le había escarnecido, burlado, convertido en el hazmerreír de sus amistades.

—Si pensaba así, lo lógico hubiera sido que el muerto, ahora, fuera Bellamy, no él.

—No es tan fácil... Henderson ha demostrado en sus negocios que es inteligente, astuto e implacable, pero no creo que fuera un asesino. Por otra parte, un hombre de su posición no tendría valor suficiente para enfrentarse a un jurado, a su edad, acusado de un crimen pasional. Sería puesto en la picota por la misma sociedad que le adulaba.

—Bueno, entonces, ¿por qué le contrató a usted?

—No olvide que me dijo que alguien había atentado contra su vida. Él me necesitaba cuando el atentado se repitiera... si es que se producía. Mi testimonio sería decisivo para aplastar a Bellamy. Y respecto a éste, le diré que la señora Henderson le ha escupido en pleno rostro todo su desprecio.

Y eso ante la sola sospecha de que él haya matado al viejo.

—Así que han reñido...

—¡Y de qué manera! Bellamy se ha quedado sin amante y sin la fuente de sus ingresos, lo cual, teniendo en cuenta que esta noche termina su plazo para pagar, le coloca en una posición desesperada.

—Todo esto es sorprendente, McKena, pero no alcanzo a comprender adonde quiere usted ir a parar.

—Ahora lo verá. En primer lugar, capitán: ¿Por qué el viejo me adelantó los diez mil dólares de recompensa, colocándolos en mi nombre?

—Usted mismo lo dice, para asegurarse su presencia a bordo.

—Es más complicado... Los puso en mi cuenta por adelantado porque sabía que después del viaje no tenía oportunidad de hacerlo, y en ese caso yo podría desentenderme de todo y volverme atrás, y él necesitaba mi colaboración hasta el final.

—Usted quiere insinuar que él «sabía» que iban a matarle...

—Poco más o menos, pero no de esa forma. Lo que Henderson quería era hundir definitivamente a Bellamy y castigar a su mujer por el escarnio, destruir sus amores, y la manera más diabólicamente perfecta era que Bellamy fuera acusado de asesinato, con todas las evidencias necesarias para ser condenado.

—Ya veo... Henderson provocó el atentado mediante la disputa violenta que usted escuchó en el camarote de Bellamy...

—«Casi» ha acertado usted. El viejo se dio el gustazo de decirle en su cara a Bellamy todo cuanto opinaba de él, le insultó hasta dejarlo convertido en una basura. Después, fingió ablandarse y, pretextando un calor excesivo, propuso terminar la discusión en la cubierta. Pero, si tenía tanta calor, ¿por qué necesitaba una chaqueta?

—Creo que empiezo a comprender su teoría, McKena. Primero, los diez mil dólares pagados a usted por adelantado, porque él sabía que después del viaje ya no podría pagárselos... y luego, esa contradicción del calor. El hombre no fue en busca de una chaqueta. ¿Es eso? Lo que realmente fue a buscar es el revólver...

—El revólver lo llevaba ya en el bolsillo, con un proyectil disparado en un supuesto «accidente», bala que usted sacó.

Nogales pegó un respingo y se levantó, inclinándose sobre la mesa, estupefacto.

—¿Quiere usted decir que Bellamy no lo mató, que el propio Henderson se suicidó? Claro... ¡Santo cielo! Si está claro como la luz. Estaba amargado, despechado. El desengaño, a sus años, acabó con su cordura y lo planeó todo para que su muerte pareciese un asesinato. Citó a Bellamy sobre cubierta, sabiendo que en cuanto los demás acudiesen atraídos por el disparo lo encontrarían allí, y también descubrirían el revólver, que al ser reconocido haría pensar que la señora Henderson lo

había proporcionado a su amante, y por eso necesitaba el testimonio de usted; para probar que ya una vez habían atentado contra él y que los únicos que podían tener interés en hacerlo eran los amantes... Realmente, es una manera diabólica de destruirlos...

—Casi lo ha pintado usted como sucedió en realidad.

—¿«Casi» solamente?

—He mandado hacer un inventario de las pertenencias del yate, capitán. Al compararlo con el primitivo, encuentro a faltar un equipo de «hombre rana», un equipo completo para bucear.

Se quedó petrificado por el estupor, tratando de digerir el nuevo dato. Tardó algún tiempo en asimilarlo, y cuando eso sucedió cayó sentado sobre su sillón como si las piernas no pudieran sostenerlo.

—¡No es posible que...! —pero se calló, desbordado por la magnitud de la sospecha.

—Eso es, capitán, según mis suposiciones. Henderson no fue a buscar ninguna chaqueta, sino ese equipo de bucear que ya tenía preparado. Se lo vistió y se deslizó hacia proa procurando que Bellamy no lo viera, y allí comenzó a debatirse y armar ruido para atraer la atención. Gritó, disparó el revólver y se dejó caer por un lado, después de arrojar el arma a cubierta, de modo que cuando yo me lancé al agua él debía de estar ya a cierta distancia del yate, que seguía navegando entonces.

—¡Pero es monstruoso! Además, es absurdo que renunciase a cuanto poseía por una venganza. Su dinero, su posición social...

—No tiene necesidad de renunciar a nada de eso. Pasado cierto tiempo, puede aparecer en cualquier parte, pretextando que la herida le produjo un ataque de amnesia. Podrá decir que se encontró sin conocimiento en cualquier playa desierta, y le apuesto que lucirá una cicatriz en alguna parte de su cuerpo; lo que en términos militares se llama auto herirse, o sea, una lesión producida por su propia mano.

—Fantástico, increíble, pero que me cuelguen si no está usted en lo cierto... Gracias a las pruebas de balística, sabemos que la bala encontrada en su camarote salió del mismo revólver que hallamos sobre cubierta, y en esa arma encontramos también las huellas de la señora Henderson. Una trama diabólica, porque eso nos inducía a pensar que ella había facilitado el arma a su amante.

—Supongamos que todo eso sea cierto, capitán, ¿qué se propone usted hacer?

—Ordenar una búsqueda sistemática por toda la costa. Alguien puede haberlo visto al salir del agua, o encontrado quizá el equipo de bucear, porque debió desprenderse de él al llegar a tierra... También debió llevarse un fardo impermeable con ropas con que cambiarse una vez en tierra...

Encendió maquinalmente un largo cigarrillo negro. Yo prendí uno de los míos y le dejé tiempo para que llegase a sus propias conclusiones. Al fin

dijo:

—Le agradezco mucho su colaboración, señor McKena; ha hecho usted un brillante trabajo. Pero le estimaré todavía más si no informa de nada de eso a los periodistas. ¿Puedo confiar en su discreción?

—Por supuesto.

—Entonces, por el momento dejaremos las cosas como están, mientras mis hombres investigan en todas las playas.

Me levanté, pensando en Lois. Nogales hizo lo mismo y me estrechó calurosamente la mano, acompañándome a la puerta sin cesar de repetirme su agradecimiento.

Encontré a Lois fumando con impaciencia. Al verme, se levantó de un salto y exclamó:

—Creí que te habían encerrado, cariño...

—El capitán es un hombre meticuloso... Ahora estamos libres para desempeñar nuestro papel de pacíficos turistas.

Abandonamos el edificio policíaco y nos lanzamos a recorrer las calles y plazas, tiendas y bares, con la misma y despreocupada alegría de una pareja de recién casados...

---

Era noche cerrada cuando regresamos al yate con el propósito de cambiarnos de ropa y volver a salir. Fue toda una aventura esquivar a los reporteros, pero habíamos localizado un par de cabarets muy atractivos donde pasar nuestra primera noche en tierra, de modo que cuando noté la extraña excitación que reinaba a bordo traté por todos los medios de ignorarla para que no nos estropearan la noche.

Dejé a Lois en su camarote y me encaminé al mío. Me desvestí rápidamente, y estaba bajo la ducha cuando alguien golpeó la puerta con tanta energía que más parecía que quisiera echarla abajo.

Me envolví en una toalla y salí de la ducha. Prescott entró y, muy excitado, exclamó:

—Wendy Henderson ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha desaparecido?

—Mire, ha bajado a tierra tras esquivar a los reporteros con la ayuda de los policías del puerto. Me ha dicho que volvería en un par de horas, porque quería reunirse conmigo y examinar la situación en que quedaba el yate y todo lo demás. Pero no ha vuelto.

—Habrá encontrado alguna tienda interesante, o se habrá entretenido más de la cuenta, no creo que haya motivo para dar la alarma todavía. Oiga, ¿está Bellamy a bordo?

—Sí; es lo primero que he comprobado. Pero ni siquiera ha bajado a tierra. Está asustado como una liebre por lo que le aguarda esta noche con los dos matones.

—¿Y Frankie Wagner?

—¿Ese borracho? No lo sé...

—Compruébelo. Después hablaremos.

Salió como una flecha y aproveché para vestirme. Cuando regresó estaba más nervioso todavía.

—No está —jadeó—. Y lo curioso es que nadie parece haberle visto abandonar el barco.

—Está bien, busque a Bellamy y tráigalo aquí.

Fui en busca de Lois para decirle que le excursión se había aplazado, pero apenas si llegué a pronunciar dos palabras porque un terrible espasmo de dolor me arrebató las fuerzas, dejándome casi inconsciente, doblado igual que un gusano, jadeando y dominando a duras penas un asalto de náuseas. Ella me sostuvo cómo pudo, asustada y con la angustia reflejándose en su semblante.

Tardó bastante en amainar el temporal de aplastante dolor, y cuando al fin desapareció, quedé débil hasta tal extremo que no pude moverme de la cama en unos minutos, sentado y sintiendo un sudor frío recorrerme el cuerpo.

Ella susurró:

—Mañana mismo buscaremos un médico, Bart... tienen que darte un calmante.

—Está bien, querida... Haré lo que quieras, pero no ahora. Hay algo más importante que hacer de momento. No te muevas de aquí hasta que venga a buscarte.

—¿Sucedó algo malo?

—No lo sé. Wendy ha desaparecido, y según Prescott ella tenía que haber estado de vuelta hace horas. Lamento que nuestra excursión se haya retrasado.

—Tendremos otras ocasiones para divertirnos, amor... Lo que me preocupa realmente es tu estado.

—Oh, bueno, eso no...

Me fue imposible seguir. De nuevo, el dolor me asaltó y la maldita garra que estaba despedazándome por dentro se dejó sentir con salvajes tirones.

Prescott me encontró sin aliento y débil como una criatura. Dos ataques seguidos, uno detrás de otro... ¿Cuándo me asaltaría el siguiente, y cuánto tiempo tardaría en estar convertido en un persistente dolor, esa solución de continuidad?

En aquellos instantes, mientras me debatía para recobrar fuerzas, me hice el firme propósito de no esperar el final inexorable. Cuando la cosa fuera irresistible, incesante, yo mismo acabaría de una vez para, siempre con el tormento. Mi fiel «38» haría el trabajo definitivo.

Prescott salió de su asombro y gruñó:

—¿Qué demonios le ha sucedido?

—Nada. Una indisposición... ¿Está Bellamy en el camarote?

—Y muy nervioso...

Lo estaba. Y pálido y asustado como una damisela. No quise perder tiempo en preámbulos.

—Estoy enterado de tu apuro con los pistoleros de Milton, Bellamy. Ellos le dieron de tiempo hasta esta noche para pagarles. ¿Se han puesto ya en contacto contigo?

Quedó petrificado. Luego murmuró:

—¿Cómo demonios...?

—No importa cómo lo he averiguado. ¿Sí o no?

—Bueno, esta tarde...

—¿Y qué?

—Les he dicho que no podría pagarles esta noche, que me dieran más

tiempo, pero...

—Pero ellos no están dispuestos a esperar. ¿Pueden haber resuelto que Wendy sería capaz de pagar tus deudas...?

Pegó un respingo. La palidez de su rostro adquirió un tono gris sucio y hasta creo que se tambaleó. Sentí un nudo en la garganta.

—¡Responde, maldito sea! —estallé.

—Sí...

Prescott dio un salto hacia adelante, con los puños en ristre. Lo sujeté en el último momento.

—¡Quieto! Hay algo más importante que hacer antes de aplastar a esa rata... Explícate, Bellamy, y rápido.

—Me mandaron esto, hace una hora...

Sacó un arrugado sobre del bolsillo y me lo entregó. Extrajo una hoja de papel y la leí rápidamente.

No era más que una nota citándole en un lugar determinado a las doce en punto de la noche, para llevarle donde tenían a Wendy Henderson, a fin de que él la convenciera de que debía pagar lo que exigían; de lo contrario la muchacha lo pasaría muy mal.

—De modo que tenías esta nota y no habías dicho una palabra a nadie. ¿Qué clase de sucio cobarde eres, Bellamy?

Me miró, más asustado cada vez, pero no replicó una sola palabra.

—Está bien —añadí—. Acudirás a esa cita, a fin de que yo pueda seguirlos y saber el lugar donde la tienen. Pero te juro que si le han hecho el menor daño te haré pedazos.

—Haré lo que quieras, estoy deshecho, McKena.

—Lo estarás cuando yo te ponga las manos encima.

Andando, tenemos el tiempo justo de que acudas a la cita. Yo me adelantaré y veré la manera de seguirte cuando te lleven con ellos. Pero cuidado de no hacer ningún gesto que pueda ponerlos en guardia. ¿Está claro?

—Sí, sí...

Prescott dijo, rechinando los dientes:

—Voy con usted, McKena.

—Ni lo sueñe. Un hombre solo tiene ciertas probabilidades de seguir un rastro como ese, pero dos no. Por otra parte, usted tiene la responsabilidad del yate. Deje lo otro para mí.

Acudí un instante al lado de Lois para despedirme de ella. La besé largamente, aunque me demostró lo poco que le gustaba quedarse a bordo.

—Vas a correr un gran riesgo, Bart —susurró.

—Llevo mi revólver, pequeña. Te aseguro que puedo hacer filigranas con él. Mi único riesgo es el que llevo dentro, agazapado como una bestia.

—Si los médicos se hubiesen equivocado... ¿Qué doctor te visitó?

—Larry Osburne, un buen amigo mío.

—¿De Hollywood?

—Sí... Y ahora, no pienses más en eso y espérame.

—Por favor, ten cuidado...

La dejé en el camarote y me reuní con Bellamy y Prescott en cubierta.

—Te dirigirás a esa Plaza de Oriente, Bellamy, pero irás a pie. Tienes tiempo de atravesar la ciudad, de modo que yo llegue antes y pueda tomar posiciones. ¿Comprendido?

—Sí...

Titubeó, pareció que se disponía a decir algo, lo pensó mejor y se largó con la cabeza hundida en el pecho.

Prescott gruñó:

—Ese cerdo... Si las cosas se ponen feas, McKena, déjelo que se arregle. Ocupese solamente de la señora Henderson.

—Lo tendré en cuenta...

No fue nada fácil esquivar a los chicos de la Prensa, pero al fin pude encontrar un coche de alquiler y hacerme conducir a las inmediaciones de la Plaza de Oriente. Era una plazuela pequeña y recoleta, situada en el extremo norte de la ciudad. Dos de sus lados estaban contruidos con porches estilo colonial, cuyo aspecto vetusto me hizo pensar que debieron ser hechos en la época de los primeros españoles. Toda la plaza estaba a oscuras, excepto un farol que se alzaba justo en medio de ella.

Examiné los tres coches aparcados, pero estaban vacíos. No se distinguía un alma por ninguna parte.

Sin embargo, cuando decidí dar un vistazo a las calles adyacentes, descubrí un viejo «De Soto» azul estacionado junto a la acera. Había un hombre sentado ante el volante, fumando.

Pude acercarme sin ser visto y reconocí en él al mismo individuo que visitara a Bellamy en el yate, el tipo llamado Ralph Yager.

Me quedé en la sombra, esperando. Yager consultaba el reloj con impaciencia, pero no se movió hasta las doce menos cinco minutos, momento en que abandonó el coche y se encaminó a la plaza.

Calculé que el otro granuja se había quedado vigilando a Wendy, de manera que el asunto se presentaba bastante fácil. Todo era cuestión de arriesgarse un poco.

Me acerqué al vehículo. Era un coche de alquiler, con matrícula local, y en el compartimiento trasero había espacio suficiente para mí, así que me introduje en él, tendiéndome sobre la alfombrilla y con el revólver en la mano, para evitar sorpresas.

No tardaron en llegar. La voz de Yager advirtió a Bellamy:

—Conducirá usted, amigo. Yo le indicaré el camino. Y recuerde que habrá siempre una pistola junto a sus riñones.

Nos pusimos en marcha, mientras el pistolero iba, indicándole a Bellamy la ruta a seguir. El «gigolo» obedeció sin chistar. Ni una sola vez oí

su voz.

Todo fue bien durante un tiempo. Habíamos dejado atrás las últimas casas de la ciudad y rodábamos ya por una carretera bordeada de árboles. Estaba preguntándome dónde tendrían a la muchacha, cuando mi estómago pareció arder en una súbita llamarada. Después se desgarró cual si acabaran de abrirme en canal. El dolor creció en oleadas insoportables...

Apreté los dientes para no gritar. Aplastado contra la alfombra pensé que ya nunca más podría dejar de sufrir aquel tormento a menos que tomara una decisión de una vez por todas. Sería un continuo torbellino de dolor que iría destrozándome poco a poco, hasta volverme loco... o hasta que me pegase un tiro.

Tres veces en menos de dos horas, y cada una con creciente intensidad.

El fin.

Entonces el coche se detuvo. Temí que no pudiera contener los aullidos que pugnaban por salir de mi garganta. El más débil gemido me delataría, y estaba tan indefenso como un perrito.

Afortunadamente, los dos hombres descendieron del coche, pero yo me sentí incapaz de mover un dedo. Sus pasos se alejaron. Después, el sonido de una puerta, un murmullo de voces y luego todo quedó en silencio.

Algún tiempo después logré incorporarme y atisbar por la ventanilla. La casa estaba muy cerca, recortándose oscura contra el azul del cielo, sobre un suave altozano. Las estrellas y la luna proporcionaban suficiente luz para mi aventura.

Tardé unos instantes antes de sentirme capaz de andar con seguridad. Entonces me acerqué a la construcción y busqué un punto vulnerable. Vi luz en una ventana lateral abierta. Un rumor de voces llegó hasta mí, pero no me acerqué allí porque la misma luz del interior me habría descubierto.

Tuve suerte en la parte trasera, donde una puertecita de madera carcomida estaba solo entornada. Me deslicé al interior con una sensación de miedo que nunca había experimentado, porque si me daba uno de los arrebatos allí dentro estaba perdido. Y conmigo, Wendy...

Al fin llegué junto a la puerta de la habitación iluminada. La voz de Bellamy, histérica de terror, estaba clamando:

—¡No pueden hacerle esto!

—¿Quién va a impedirlo? —rió otra voz—. No será usted... No creo que se sienta héroe a estas alturas...

La voz de Yager terció:

—Basta de charla. Le hemos traído para que la convenza de la conveniencia de pagar. Después de todo, usted iba a sacarle los cuartos más adelante, ¿no es verdad? Lo único que hacemos es adelantar un poco los acontecimientos.

Bellamy gimió:

—¡Por todos los santos, Wendy! Haz lo que te dicen ¿Vas a consentir

que te hagan eso?

—¡Cerdo...!

Fue cuanto dijo Wendy. En la oscuridad, sentí tentaciones de reír. La dama tenía valor, además de sus otros encantos.

Yager refunfuñó:

—Muy bien, James, adelante.

Sonó un chasquido de ropas desgarradas. Luego un grito del pistolero.

Giré el tirador de la puerta y la abrí de golpe, con mi «38» listo para hacer fuego. La escena quedó grabada en mis retinas como una placa fotográfica.

James Brett saltaba sobre una pierna, mientras se acariciaba la otra con gran cariño. Wendy estaba atada a una silla, pero no le habían amarrado sus lindas piernas, de manera que imaginé que uno de sus puntiagudos zapatos se había incrustado en la pierna del tipo, la cual debía dolerle lo suyo a juzgar por sus saltos.

El vestido de Wendy aparecía desgarrado de arriba abajo. La casi invisible combinación era un poema de encajes que resaltaban el tono dorado de su piel.

En cuanto a Bellamy, permanecía sentado en otra silla y ni siquiera se habían tomado la molestia de atarlo.

Yager, petrificado de estupor, miraba mi revólver como si no hubiera visto ningún otro en su vida.

Nadie empuñaba ninguna otra arma.

—Muy bien, parece que he llegado justo a tiempo. Tú, Bellamy, da la vuelta por detrás de esa pareja de gorilas y desata a Wendy. Y apresúrate.

Obedeció como un autómatas. Sus piernas apenas podían sostenerlo. Con dedos torpes comenzó a luchar con las cuerdas, pero no parecía tener mucho éxito.

—¿Qué te pasa, Bellamy? —le espeté—. Las cuerdas no te harán ningún daño. Date prisa, maldita sea.

Brett refunfuñó:

—¿Qué cree que arregla con eso?

—De momento, sacar a la muchacha de aquí. Después quizá se me ocurra volarte la cabeza...

—Bellamy tendrá que pagar igualmente, aunque ahora escape.

—Allá él. Yo he venido a por ella.

Al fin, Wendy se vio libre de sus ataduras. Y como mujer, reaccionó de una manera sorprendente. Revolviéndose como una leona abofeteó repetidamente a Bellamy con tal violencia que éste retrocedió dando un traspíe, completamente aturdido.

—¡Sapo apestoso y cobarde! —chilló Wendy—. Ojalá te hubiera conocido al principio tal como eres...

—Deja eso, Wendy —intervine—. Tenemos que largarnos de aquí ahora

mismo.

Brett deslizó su mano hacia el sobaco. Balanceé el revólver y le advertí:  
—Sácalo y verás qué sucede.

—Sólo buscaba un cigarrillo —dijo, contrariado.

—Bien, inténtalo otra vez y te daré lumbre con mi «38». Vamos, muchacha, saldremos por la ventana, así podré vigilarlos mientras te alejas hacia dónde está el coche.

Bellamy pegó un respingo.

—¡No pensarás dejarme aquí, Bart! —chilló.

—Tú verás lo que haces. Mi deber solo me obliga con Wendy.

Esta estaba ya junto a la ventana, esperándome. Y entonces sucedió lo inesperado.

Bellamy perdió la serenidad, o dejó que su maldita cobardía se apoderase de sus reacciones. El caso fue que dando un grito se precipitó hacia la ventana. Apartó a Wendy de un manotazo que casi la arrojó al suelo y pasó una pierna por el alféizar.

Justo cuando se disponía a saltar al otro lado, sonaron dos secos estampidos de un arma de pequeño calibre, pero que en el silencio de la noche resonaron igual que si fuera del «45».

Bellamy se inmovilizó. Después, pareció que manos invisibles tiraban de él y acabó por desplomarse sobre el entarimado. Su cara estaba llena de sangre y en la frente se distinguían los dos diminutos rosetones de las balas.

Todos nos habíamos quedado paralizados de estupor, incapaces de hacer un movimiento.

De repente, Wendy comenzó a chillar y su voz semejó una sirena de alarma, dominada totalmente por el histerismo.

Yager balbuceó:

—¿Quién demonios...?

Me acerqué a Bellamy. Las balas no le habían atravesado el cráneo. A juzgar por el tamaño de las heridas debía tratarse de un arma diminuta, casi de juguete.

Apartándome del cadáver, le propiné un par de bofetadas a Wendy. Dejó de chillar y sus ojos me miraron como si no me viera.

—Parece que alguien nos ha sitiado —dije—. ¿Saben algo de eso, camaradas...?

No pudieron responder. Una voz ordenó desde la ventana:

—¡Suelta el revólver, McKena...!

Me volví. Allí estaba Frankie Wagner.

En su mano, el brillo metálico de la pequeña pistola aclaraba el misterio de los tiros que habían acabado con Bellamy.

—¡Vamos, McKena, suéltalo o empiezo a disparar contra tu protegida...!

Dejé caer mi «38». Estuve a punto de caer sobre él, porque en mis entrañas se produjo una suerte de desgarradura espantosa. Ahogué un grito de dolor y logré mantenerme de pie no sé cómo.

Frankie se echó a reír.

—¿Recuerdas lo que te dije, polizonte?

No me preocupé de responderle, pero él no necesitaba estímulos de ninguna clase. Añadió:

—Te avisé que mataría a Bellamy, el gran bastardo, y ya está muerto.

No había réplica a semejante verdad. El alcohólico prosiguió:

—También te dije que llegaría un día en que acabaría contigo. Bueno, el momento ha llegado.

**10**



Se rió igual que un loco. Entró por la ventana y se detuvo, mirándonos uno a uno.

Me fijé en sus ojos. Eran vidriosos, vacíos de expresión. Sentí un escalofrío de pánico cerebral al darme cuenta de que, si bien seguía riéndose de manera espeluznante, sus ojos no participaban en absoluto de su hilaridad. Daban la impresión de ser unos ojos sin vida.

Los ojos de un muerto.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté para cortar su maldita risa, y también con la esperanza de que se distrajera lo bastante para darme una oportunidad.

—Estoy aquí desde un principio, apestoso polizonte. He seguido a Wendy cuando ha dejado el yate... Quería ver qué hacía una zorra como ella después de quedarse viuda... Cuando esos dos la han metido en el coche he podido seguirlos en un taxi hasta las cercanías de esta casa... Ni se han dado cuenta...

—Ya veo, pero no has hecho nada para salvar a Wendy, a pesar de ver lo que iban a hacer con ella. Todo un héroe, Frankie.

Volvió a reírse.

—¿Por qué tenía que hacerlo? He oído que iban traer a Bellamy y he decidido esperar para matarlo. Ya te dije que lo haría, como lo voy a hacer contigo y con ella...

—¡Eh! —exclamé—. No puedes hacerle daño a Wendy, maldito loco. Tú la amas, ¿no es cierto?

—Ya no, he pensado mucho, ¿sabes? No quiero más zorras cerca de mí... Una cualquiera... Bellamy la convirtió en una cualquiera... Se acabó.

El dolor de mis entrañas apenas me dejaba fuerzas para hablar. Y el maldito no se distraía, seguía vigilándonos con todos sus sentidos en tensión.

Entonces advertí que Brett deslizaba la mano al sobaco muy despacio y traté de distraer a Frankie desesperadamente.

—¡Estás completamente loco, imbécil...! —grité—. Wendy mandó a Bellamy al demonio. Rompió con él...

Ni me hizo caso. Sonrió y su pequeña pistola pareció toser. El ridículo estampido se agigantó entre las cuatro paredes y Brett chilló llevándose las manos a la cara. Instantáneamente se le llenaron de sangre y cayó de espaldas, muerto.

Yager lo miró como si no diera crédito a lo que estaba viendo. La garra

de mi estómago profundizó su desgarrón y esta vez fue imposible resistirlo. Me doblé por la mitad llevándome las manos al infierno de dolor que estaba acabando conmigo, gimiendo como un perro rabioso.

Frankie aulló de entusiasmo.

—¿Qué tienes, polizonte? —chilló—. ¿Es el miedo lo que te descompone? Anda, pídemle que no te mate, pídelo de rodillas...

Era el fin... Larry se había equivocado. No era posible que ningún ser humano fuera capaz de resistir semejante desgarradura sin dejar de vivir...

De repente, la voz de Frankie volvió a elevarse en el silencio.

—¡Vamos, dímelo, maldito! Pídemle que no te mate...

Algo semejante a un chispazo pasó por mi mente, algo que podía ser la solución de todos los problemas, el fin de la maldita bestia que me devoraba vivo, el final del loco y la salvación de Wendy. Debía salvarla...

Por entre una bruma roja la vi a punto de desmayarse. Las fuerzas la abandonaban...

Había que hacer algo, hacerlo inmediatamente...

Y terminar con mi salvaje tortura, eso lo primero...

—¡Wendy...!

Era mi voz, aunque no la reconocí.

Luché por enderezarme. Fue lo mismo que si un cuchillo al rojo hubiera penetrado en mis entrañas, pero luché con el dolor y las náuseas y conseguí erguirme, aunque dando traspiés de un lado a otro.

Wendy corrió hacia mí y me abrazó, histérica de miedo.

—¡Lo hará, Bart; nos matará...!

Las risotadas de Frankie estallaron de nuevo.

—¡Así, juntos... los mataré juntos...!

—¡Espera...! —grité.

Miré a Yager con la vana esperanza de que él pudiera hacer algo, pero el fulano había aprendido la lección y permanecía inmóvil como una estatua. Mantenía las manos detrás de la nuca y no miraba a ninguna parte.

Un tipo prudente.

Entonces dije:

—Tú ganas, Frankie, pero eres idiota si te limitas a pegarme un tiro en la cabeza... Eso ni siquiera se siente...

Estaba lo bastante loco para prestarme atención. Mis manos se aferraron a mi estómago como garras. Temía no resistir un minuto más.

La mirada de Frankie descendió hasta mis manos.

Tardó unos instantes en comprender y entonces dio un respingo.

—¡Ajá! —aulló, lleno de entusiasmo—. Te dispararé a la barriga. Dicen que duele como un infierno... y se tarda en morir... ¡Quiero que te revuelques a mis pies, bastardo! Una bala por cada golpe que me diste, todas las balas en tu barriga, será divertido...

—Wendy... —jadeé.

—Bart...

—Ponte detrás de mí —mi voz apenas se oía—. Cuando yo avance hacia esa bestia corre y sal por la puerta. ¿Has comprendido?

—Sí, pero, ¿y tú?

—Yo... estoy acabado.

—No lo haré, Bart... No puedo dejarte así...

—No pierdas tiempo, pequeña. Yo estaba muerto mucho antes de que llegara ese loco degenerado. Llevo la muerte en mis entrañas. Vamos, ponte detrás de mí y corre cuanto puedas tan pronto yo me mueva...

Frankie soltó una risita.

—¿Qué es eso, una declaración de amor póstuma? Apuesto que también te gusta el polizone, Wendy... pequeña zorra, pero guardaré una bala para ti...

Sacando fuerzas de flaqueza, la muchacha giró rápidamente y se colocó a mis espaldas. Temblaba tan violentamente que podía percibirlo a través de las ropas.

Entonces dije:

—Está bien, Frankie, ahora nos entenderemos tú y yo... ¿Crees que me preocupa tu ridícula pistola? Voy a hacerte pedazos con las manos desnudas...

Eché a andar entre dolores de agonía, unos espasmos infrahumanos lacerándome de parte a parte.

Instantáneamente, los tacones de Wendy repiquetearon vertiginosamente detrás de mí. Frankie hizo una mueca y apretó el gatillo.

Sonó el estampido y una sensación de calor penetró en mi estómago, justo donde me dolía, pero no sentí el propio impacto del balazo, o acaso la tortura que vivía en mí lo ahogó.

Los pasos de Wendy estaban llegando a la puerta. El demente desorbitó los ojos al ver que no me detenía y que seguía avanzando hacia él y, frenético, tiró del gatillo una y otra vez.

Sentí los picotazos en mi barriga. El dolor sufrió un colapso. Me tambaleé, pero continué adelante, paso a paso, la pistola ladró una vez más y no sentí nada.

Frankie estaba a punto de aullar de terror cuando la pistola le falló. Había terminado los cartuchos.

Empecé a reír, pero caí de bruces. Mi mano encontró algo rígido y frío, algo que le era familiar...

¡Mi «38»!

Lo levanté. Frankie estaba lanzando maldiciones y solo gruñía de vez en cuando el nombre de Wendy.

Cuando vio que mi revólver le apuntaba se quedó rígido, enmudeció, y por un instante creí que iba a desmayarse. Apreté el gatillo y su cara

reventó como un globo demasiado hinchado. Dio un salto en el aire, porque un proyectil calibre «38» es algo muy distinto a los de su diminuta pistola.

Murió mientras estaba girando como una peonza, me pareció que volaba, y una cortina roja se extendía ante mis ojos, más espesa a cada instante, más densa, podía tocarla con la mano...

Aquella especie de manto rojo me envolvió. Después se convirtió en negro y se hizo pesado, muy pesado... y me aplastó.

Y ahogó también la vorágine de dolor de mis entrañas.

Todo se lo llevó.

\* \* \*

De pequeño había visto las ingenuas estampas en que nos mostraban cómo era el cielo y el infierno. Cuando mi cerebro volvió a experimentar una leve sensación de vitalidad me pregunté dónde me encontraría... No es que me hiciera muchas ilusiones. Ni con toda la misericordia que pudiera haber en el cielo me permitirían la entrada.

Traté de ver a mi alrededor, pero algo mantenía rígida mi cabeza. Sin embargo, a través de la niebla gris percibí un fondo blanco.

No podía ser el infierno, no podía haber habitaciones blancas en el reino del mal.

De repente, una mujer gritó en alguna parte:

—¡Doctor Osburne, ha reaccionado! ¡Por favor, doctor Osburne, venga inmediatamente...!

Doctor Osburne...

¡Larry!

Una mancha confusa entró en la masa de niebla gris. Después se le unió una segunda, y una tercera. Una voz murmuró:

—¿Me oyes, Bart?

—Sí...

—Dime, cabezota, ¿puedes oírme?

—¡Sí...!

Una pausa.

El insistió:

—¿Puedes oírme, compañero? Bart, soy Larry... ¿Me oyes?

—¡Maldición! Claro que te oigo, matasanos... ¿Qué es lo que pasa aquí?

No podía comprenderlo. Si yo le respondía, ¿por qué temías preguntas sobre lo mismo?

Y si no me oía... ¡Diablo!

—Escúchame, Bart —prosiguió—. Sé que estás terriblemente débil y que no puedes hablar. No podemos cansarte ahora, solo quiero que sepas que no tienes cáncer... ¿Lo oyes? ¡No tienes cáncer!

—¡Santo Dios! ¿Qué estás diciendo?

No me respondió. Quizá mi voz solo resonaba en mi mente.

Pero no tenía cáncer.

¡No tenía cáncer!

Una extraña laxitud me invadió. Ya no importaba el lugar en que estuviera. Todo me daba lo mismo. ¡No tenía aquella maldita bestia en mis entrañas!

Entonces alguien me pinchó el brazo. Apenas un picotazo...

Todo volvió a esfumarse.

Cuando regresé a este mundo todo seguía igual. El techo blanco sobre mí... Pero ya no había niebla en mis ojos.

Una mujer susurró:

—Bart, estoy contigo...

La cara adorable de Lois entró en mí campo visual y se inclinó. Fue acercándose, acercándose y sus labios cayeron suavemente sobre los míos.

—Pequeña...

—No hables. Si te excitas no me permitirán estar contigo.

Una puerta hizo un leve ruido y Larry se acercó al lecho.

—Bueno, muchacho, sigues tan cabezota como de costumbre. Ni siquiera te despediste.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Yo lo llamé, Bart —confesó Lois.

—Llegué a tiempo de verte abrir en canal, muchacho. ¡La cantidad de plomo que tenías metido en la barriga! Lo aproveché para sacarte el tumor... No era canceroso ni mucho menos. ¡Maldito seas! Si me hubieses hecho caso desde un principio...

—¿Qué ha pasado? No recuerdo nada...

—Todo a su tiempo. Ahora necesitas descanso intensivo.

—¡Al diablo! ¿Qué pasó?

—Pues... Wendy está en el yate sana y salva. Nos lo contó todo. Ella te ha velado muchas noches... igual que yo.

—¿Qué noches? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Hoy es el séptimo día —me aclaró Larry—. Te confieso que al principio no habría dado un centavo por tu pellejo.

—Ya veo... ¿Y el capitán Nogales, y el pistolero?

—No sé qué se habrá hecho del pistolero, pero el capitán no ha cesado de insistir en estar presente cuando recobrases el conocimiento. Está empeñado en interrogarte. Además, ha encontrado a Henderson, ¿sabes?

Cerré los ojos. Lo habían encontrado. Bueno, yo había acertado después de todo.

No obstante, Larry añadió:

—Lo encontraron muerto, ¿comprendes? Pero no por herida de bala. El mar lo arrojó a una playa. Tenía la cabeza destrozada... La policía opina

que la quilla del yate lo golpeó cuando se arrojó al agua.

—Ya veo...

—Vamos, ánimo. Cuando salgas de aquí serás un hombre nuevo.

—Y me tendrás a mí...

Lois se inclinó para que pudiera verle el rostro. Las lágrimas humedecían sus mejillas.

Larry rió y retrocedió hacia la puerta.

—Sin excitarse, compañero, o te dejarán solo.

—Lárgate...

Se fue.

Lois siguió bajando la cabeza. Su boca cayó sobre la mía, suavemente, largamente...

No excitarse...

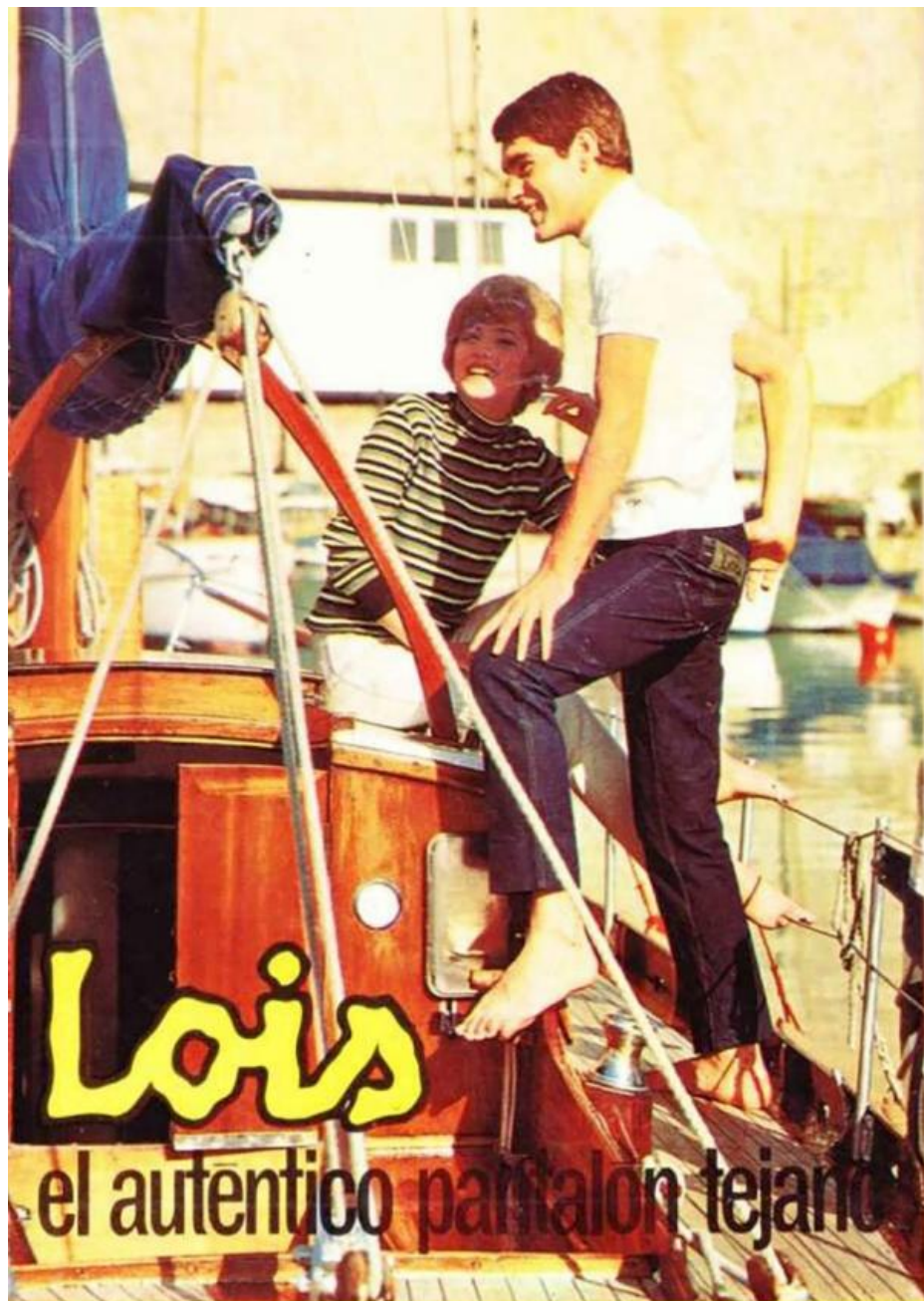
¡Al infierno con eso!

—Te tendré a ti, Lois...

—Siempre, querido...

Y así fue.

**FIN**



# Lois

## el autentico pañalon tejano



**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.**